

52

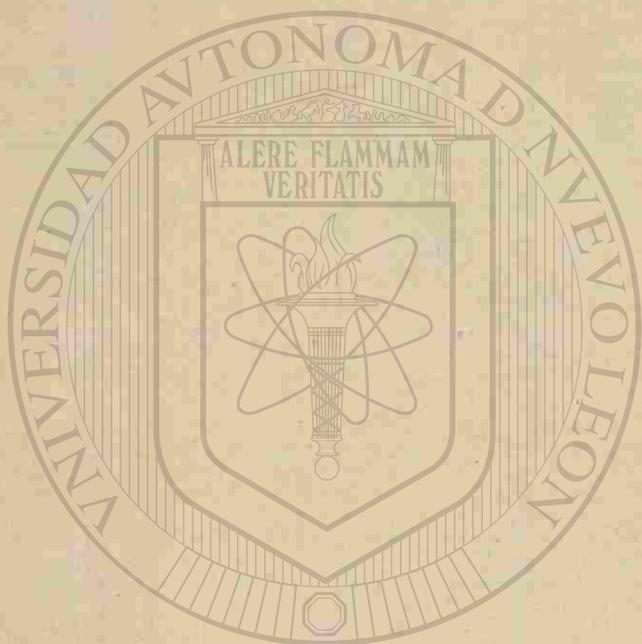
799

B165
B74
c.1

0047



1080026626

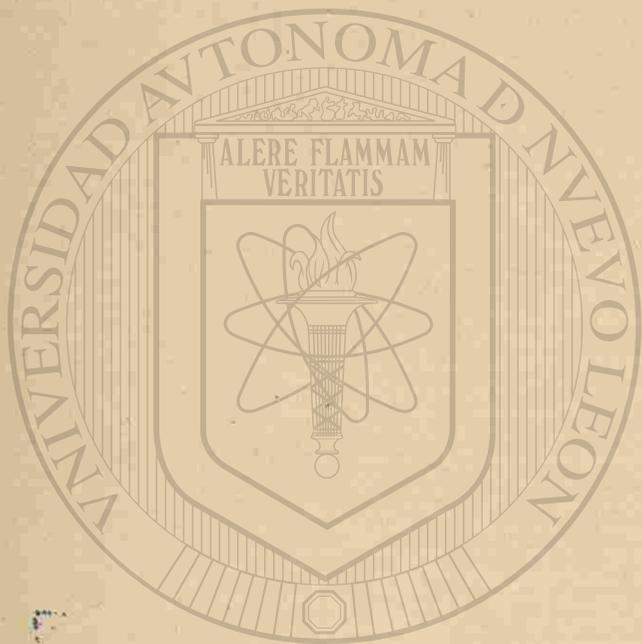


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LIGEROS APUNTES

—sobre la—

Philosophia de Spencer

—COMPARADA CON LA—

Philosophia Escolástica

DISCURSO

pronunciado por el Pbro. Secundino Briceño, catedrático de Filosofía en el Seminario Conciliar, la noche del 27 de Agosto de 1894, en el solemne reparto de premios del mismo Seminario.



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

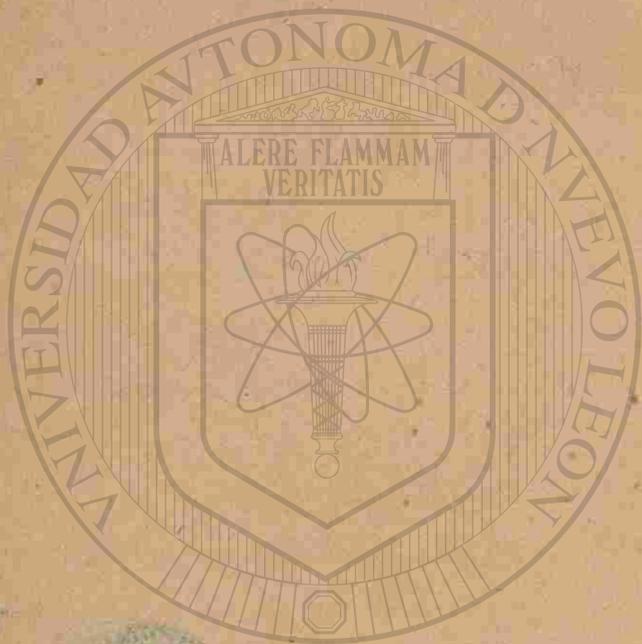
Librería Valverde y Tellez
LEÓN.—1894.

IMPRESA Y LIBRERIA DE FRANCISCO VERDAYES.

41962

B1652

874



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A STO. TOMAS DE AQUINO,

MAESTRO POR EXCELENCIA

DE LA

FILOSOFIA ESCOLASTICA,

ACREEDORA, POR LA VERDAD Y PROFUNDIDAD

DE SUS ENSEÑANZAS,

AL TITULO, DE

FILOSOFIA DE TODOS LOS TIEMPOS,

DEDICA ESTE INSIGNIFICANTE TRABAJO,

COMO PRUEBA DE

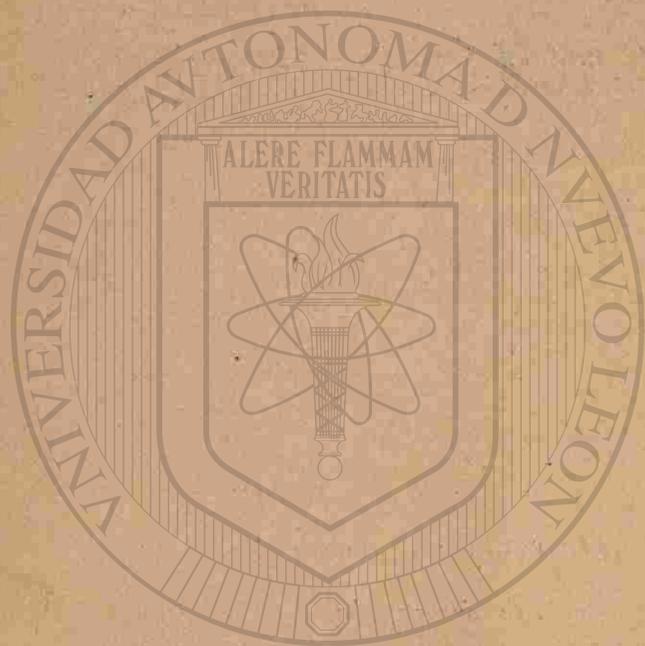
ADMIRACION PROFUNDA Y AFECTUOSA DEVOCION,

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

004799



ILMO. SEÑOR:

Como V. S. Ilma. me lo ordenó verbal mente, he leído el discurso que pronunció el Sr. Pbro. D. Secundino Briceño el 27 de Agosto del corriente año, en la distribución de premios de nuestro Seminario, y tengo el honor de manifestar á V. S. Ilma. que juzgo esa pieza literaria como un trabajo de mucho mérito y de grande importancia; tanto porque me parece una clara manifestación de los amplios y profundos conocimientos que su autor posee en materias filosóficas, como porque en ella se hacen palpables muchos de los absurdos y contradicciones que contiene la obra de Spencer que lleva por título «Primeros principios.» Sobre todo, es muy de notarse que este trabajo, tan concienzudo y difícil como es, pertenece por completo al Sr. Briceño, quien no se ha inspirado en ningún impugnador del positivista inglés. Tal es mi juicio que en todo sujeto al recto criterio de V. S. Ilma.

León, Septiembre 27 de 1894.

J. TRINIDAD ALBA.

Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo, Dr. D. Tomás Barón y Morales.—Presente.

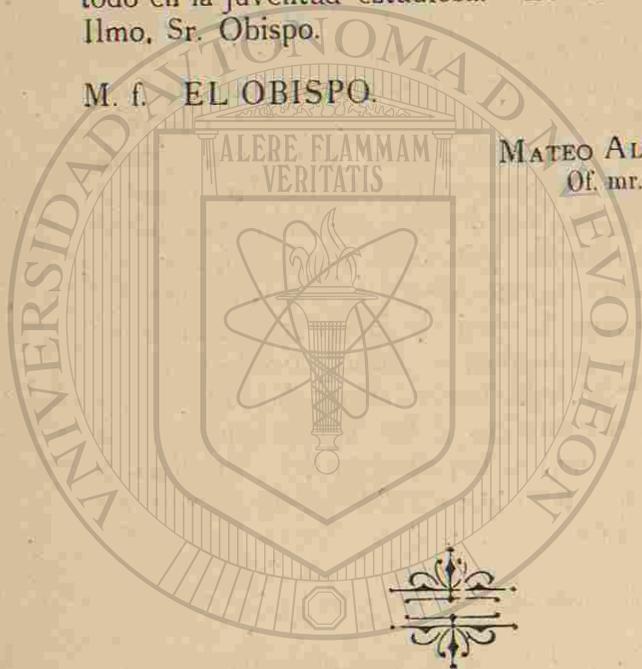
LEÓN, OCTUBRE 4 DE 1894.

Visto el informe que antecede del Sr. Pbro. D. José Trinidad Alba, Párroco del Sagrario de Ntra. Santa Iglesia, acerca del discurso que el Sr. Pbro. D. Secundino Briceño pronunció en la distribución de premios

de nuestro Seminario, verificada en la noche del 27 de Agosto del corriente año, damos Nuestra superior licencia para la impresión y publicación del mencionado discurso, no dudando que la lectura de esta pieza literaria, por el indiscutible mérito que justamente le atribuye el Sr. Censor, producirá saludables frutos, sobre todo en la juventud estudiosa. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

MATEO ALCARAZ,
Of. mr.



Ilmo. Señor, Señores:

DESDE que oí en mi cátedra las primeras lecciones de Filosofía Escolástica, me formé un alto concepto de la gravedad de esa disciplina que ha contado entre sus profesores un sin número de eminencias, y cuyo merecido prestigio ha pasado justamente al través de tantos siglos: despertándose al mismo tiempo en mi alma una afición muy particular por sus doctrinas. Este afecto se acentuaba cada vez más, al par que una profunda persuasión de la excelencia de ese sistema de conocimientos tan sublime y compacto, que lleva el nombre de Filosofía Escolástica, á proporción que con ánimo mas reposado me dedicaba sucesivamente al estudio de las varias cuestiones de tan vasta ciencia. Sin dificultad pude convencerme, de que la opinión que hasta entonces había formado de ella, nada tenía de exagerado ni de ilusorio, cuando leí en la obra titulada «Lecciones de Filosofía Escolástica.» escrita por un gran sábio de nuestros días, el P. Juan M. Cornoldi, las siguientes palabras: «lo que todo hombre de talento debe buscar, tratándose de Filosofía, es, exclusivamente, si ésta es falsa ó verdadera. Ahora bien; si estose busca, se encontrará, que la Filosofía Escolástica, no solamente es verdadera, sino que tiene en sí un indicio precioso de verdad en haber permanecido la única, aun cuando los profanos la hayan arrojado del mundo científico, y traten de criar otra y otras, no alcanzando jamás á constituir un cuerpo de doctrinas especulativas, completo, lleno, seguro y universalmente profesado por los doctos en sus principales fundamentos. Puede afirmarse con toda exactitud, que en

el mundo científico moderno, no existe una filosofía antiescolástica, sino extraescolástica.» (1)

Mas en contraposición de un elogio tan brillante, oigamos estas terribles palabras que ha pronunciado un famoso positivista, Mr. Littré, (2) «El espíritu positivo ha cerrado sucesivamente todas las puertas al teológico y metafísico, descubriendo las condiciones de la existencia de todos los fenómenos accesibles y la imposibilidad de alcanzar nada mas allá.» Estas palabras son funestamente sentenciosas, pues que contienen nada ménos que la sentencia de muerte de la Filosofía Escolástica, que ha recibido los apodos de filosofía de iglesia, de sacristía, y cuya metafísica ha sido tenida por ridícula, como creación de sutiles soñadores.

No hay remedio, según los positivistas, ha llegado ya la época en que la Metafísica debía morir para siempre, cediendo su puesto de honor al positivismo, cuya existencia vigorosa es incompatible con la del vano escolasticismo. Es doctrina de Comte, que (3) «cada uno de nuestros conceptos principales..... pasa por tres estados teóricos diferentes: el teológico ó ficticio, el metafísico ó abstracto, el científico ó positivo.»

De aquí nacen tres clases de sistemas generales de filosofía que mutuamente se excluyen: (4) «la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo ó definitivo; la segunda está destinada únicamente á servir de transición.» Según el sentir de los filósofos positivistas, la Metafísica debía perecer para que naciera el Positivismo, que sonríe hoy en su primavera, siendo la filosofía de la actualidad, y vivirá en una primavera eterna porque será la eterna filosofía del porvenir. (5) «La humanidad, dice

(1) Introducción de la primera y segunda edición.

(2) Conservation, p. 61.

(3) Cours de phil. posit. t. I, p. 8.

(4) Ibid.

(5) Cours de phil. posit. 45, l. 6.

Littré, ha sido regida en su niñez y en su juventud, por las leyes de la trascendencia. Lo será en su madurez por las de la inmanencia.»

Ahora bien, Augusto Comte, padre de los positivistas franceses, admite, según el testimonio de Heriberto Spencer, que el sistema filosófico llamado en Inglaterra «Filosofía natural,» y el que en Francia lleva el nombre de «Filosofía positiva,» se componen de conocimientos esencialmente idénticos. Y el mismo Spencer dice «que la filosofía positivista no es mas que el desarrollo de la filosofía natural.» (1) No es pues extraño que la filosofía de Spencer haya adquirido tanto prestigio en nuestros dias, haciéndose tan popular en las escuelas modernas filosóficas.

Y si preguntamos ¿qué filosofía es esa, que pretende tener derecho á reinar en el mundo de las inteligencias? Spencer nos contestará con esta fórmula pomposa: (2) «La filosofía es el saber completamente unificado.» En verdad que esta brevísima definición tal como suena no es nada sospechosa; por el contrario, parece darnos una grandiosa idea de la ciencia filosófica. ¿Habrán pues de ser injustos los calificativos de materialista, panteista y ateista, dados á la filosofía spenceriana? ¿Serán otra cosa que una ciega preocupación, sugerida por la afición tenáz al escolasticismo? ¿Será una temeridad el desconfiar de las protestas que hace el autor en el último capítulo de los Primeros principios? Procuremos cerciorarnos de todo esto, examinando la definición de la filosofía dada por Spencer, tomando, para interpretarla, las doctrinas que el autor ha esparcido en la obra citada.

Si después de tal examen, esta filosofía se nos presenta con los caracteres de la verdadera, habremos de adherirnos forzosamente á ella; porque así nos lo exige

(1) Primeros principios, parte 2^a cap. I. traducción de José Andrés Irueste.

imperiosamente la verdad. Y siendo cierto que la filosofía escolástica cuenta con tantos y tan poderosos títulos para ser tenida como la verdadera, tendremos el placer de verlas unirse estrechamente, profesando en el fondo los mismos principios, pues estamos convencidos que lo verdadero no se opone á lo verdadero. Mas si después del examen de la crítica, no reconocemos en dicha filosofía, los caracteres de la verdad, únicos títulos que la harían acreedora á la sumisión de nuestro entendimiento, la habremos de rechazar, porque el entendimiento no tiene de relativo ninguno.

Os suplico, pues, Señores, que os sirvais prestar atención á las reflexiones que haré en seguida sobre la naturaleza de la filosofía spenceriana, fijándome particularmente en su definición, y exponiendo ésta según las doctrinas del autor en su obra mencionada: «Los primeros principios.»

I.

Al lado de la definición de la Filosofía, y para hacerla comprender mejor, da Spencer la definición de ciencia, así como también la definición del conocimiento vulgar. «*El conocimiento vulgar, dice, es el saber no unificado; la ciencia es el saber parcialmente unificado; la Filosofía es el saber completamente unificado.*» (1)

No sólo el examen comparativo de estas tres definiciones, sino también las consideraciones que hace su autor antes de formularlas, nos enseñan á formarnos una idea de la excelencia de los conceptos filosóficos con relación á cualesquiera otros. El Sr. Spencer trata de distinguir con gran cuidado la Filosofía de las ciencias, dando simplemente el nombre de tales á aquellos conocimientos, que por la limitación de su esfera, deben colocarse en un grado inferior á la Filosofía. Ocupando ésta un

(1) Pág. 114, lín. 34.

lugar tan eminente sobre las ciencias, que se emplean ya en la noble tarea de unificar el pensamiento, mucho más se eleva sobre el conocimiento vulgar, que de suyo se encuentra colocado en un puesto más humilde aún, respecto de las ciencias mismas.

El conocimiento vulgar es sin duda el mas concreto é imperfecto, que ocupa el último grado en la escala del saber humano; el conocimiento filosófico, por el contrario, está situado en la cumbre de esa escala; pues es el resultado de las últimas abstracciones y generalizaciones intelectuales: es el conocimiento mas universal, así por la amplitud de su objeto, como por la manera de tocarlo. «Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad.*» ha dicho Spencer. (1) La consideración de las verdades más elevadas, de las leyes más universales, que dan materia para la completa unificación del saber, es atribución de la Filosofía, cuyos conceptos deben estar dotados de la mas alta perfección.

A la verdad, los conocimientos filosóficos no solamente están dotados de una perfección intrínseca especial, por ser el producto de trabajos intelectuales de una abstracción cada vez mas completa, de cuyo principio nace la jerarquía de las ciencias; sino que á proporción de su mayor generalidad, contienen á los conocimientos de un orden inferior por su menor generalidad, y les prestan firme ayoyo. «Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas.» (2)

Sirviéndonos siempre de las doctrinas del filósofo inglés, examinemos lo que valen para él, en último análisis

(1) Sp. pág. 116, lín. 33.

(2) Pág. 117, lín. 3.

imperiosamente la verdad. Y siendo cierto que la filosofía escolástica cuenta con tantos y tan poderosos títulos para ser tenida como la verdadera, tendremos el placer de verlas unirse estrechamente, profesando en el fondo los mismos principios, pues estamos convencidos que lo verdadero no se opone á lo verdadero. Mas si después del examen de la crítica, no reconocemos en dicha filosofía, los caracteres de la verdad, únicos títulos que la harían acreedora á la sumisión de nuestro entendimiento, la habremos de rechazar, porque el entendimiento no tiene de relativo ninguno.

Os suplico, pues, Señores, que os sirvais prestar atención á las reflexiones que haré en seguida sobre la naturaleza de la filosofía spenceriana, fijándome particularmente en su definición, y exponiendo ésta según las doctrinas del autor en su obra mencionada: «Los primeros principios.»

I.

Al lado de la definición de la Filosofía, y para hacerla comprender mejor, da Spencer la definición de ciencia, así como también la definición del conocimiento vulgar. «El conocimiento vulgar, dice, es el saber no unificado; la ciencia es el saber parcialmente unificado; la Filosofía es el saber completamente unificado.» (1)

No sólo el examen comparativo de estas tres definiciones, sino también las consideraciones que hace su autor antes de formularlas, nos enseñan á formarnos una idea de la excelencia de los conceptos filosóficos con relación á cualesquiera otros. El Sr. Spencer trata de distinguir con gran cuidado la Filosofía de las ciencias, dando simplemente el nombre de tales á aquellos conocimientos, que por la limitación de su esfera, deben colocarse en un grado inferior á la Filosofía. Ocupando ésta un

(1) Pág. 114, lín. 34.

lugar tan eminente sobre las ciencias, que se emplean ya en la noble tarea de unificar el pensamiento, mucho más se eleva sobre el conocimiento vulgar, que de suyo se encuentra colocado en un puesto más humilde aún, respecto de las ciencias mismas.

El conocimiento vulgar es sin duda el mas concreto é imperfecto, que ocupa el último grado en la escala del saber humano; el conocimiento filosófico, por el contrario, está situado en la cumbre de esa escala; pues es el resultado de las últimas abstracciones y generalizaciones intelectuales: es el conocimiento mas universal, así por la amplitud de su objeto, como por la manera de tocarlo. «Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad.*» ha dicho Spencer. (1) La consideración de las verdades más elevadas, de las leyes más universales, que dan materia para la completa unificación del saber, es atribución de la Filosofía, cuyos conceptos deben estar dotados de la mas alta perfección.

A la verdad, los conocimientos filosóficos no solamente están dotados de una perfección intrínseca especial, por ser el producto de trabajos intelectuales de una abstracción cada vez mas completa, de cuyo principio nace la jerarquía de las ciencias; sino que á proporción de su mayor generalidad, contienen á los conocimientos de un orden inferior por su menor generalidad, y les prestan firme ayoyo. «Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas.» (2)

Sirviéndonos siempre de las doctrinas del filósofo inglés, examinemos lo que valen para él, en último análisis

(1) Sp. pág. 116, lín. 33.

(2) Pág. 117, lín. 3.

sis, los conocimientos de la Filosofía, estudiando la naturaleza de los conceptos simbólicos á cuya clase pertenecen los conceptos filosóficos, según el mismo escritor.

Según enseña en el capítulo II de la primera parte, de Los primeros principios, se llaman conceptos simbólicos, aquellas representaciones ideales, que ó por representar seres complejos, cuyos atributos *no pueden unirse bien en un solo estado de conciencia*, ó bien, por representar colecciones mas ó menos numerosas, no conservan sino ciertos rasgos característicos de mayor ó menor importancia; pues en el primer caso: de aquellos objetos, cuyos atributos son demasiado extensos ó numerosos para ser reunidos, *nos es preciso dejar de concebir parte de ellos ó todos*, es decir: que entonces, ó nos formamos un concepto simbólico ó ninguno. (1) En el segundo caso: tratándose de una idea colectiva, *tiende ésta cada vez á ser un puro símbolo.* (2)

«Tales conceptos simbólicos son indispensables á la Filosofía;» (3) porque si ella se vale de conocimientos universales y abstractos, no puede prescindir de valerse de los conceptos simbólicos; como quiera que, según Spencer, la formación de tales conceptos *se verifica inevitablemente á medida que pasamos de los objetos pequeños y concretos á los grandes y abstractos.* (4)

Ahora bien: *los conceptos simbólicos no son de por sí, conceptos propiamente dichos*, según el mismo filósofo, y por consiguiente, tales conceptos no pueden expresar la semejanza perfecta de su objeto.

Hé aquí la aplicación del principio á que acabo de referirme, es á saber: que los conceptos simbólicos no son conceptos propiamente dichos, en el ejemplo que propone el autor de Los primeros principios. «Preguntará el lector: ¿qué concepto tenemos de la tierra? Porque

- (1) Pág. 29, lín. 5.
 (2) Pág. 28, lín. 34.
 (3) Pág. 30, lín. 32.
 (4) Pág. 28, lín. últ.

es indudable que á ese nombre corresponde en nosotros cierto estado de conciencia, y si no es un concepto propiamente dicho ese estado, ¿qué es? Hé aquí la respuesta: sabemos por métodos indirectos, que la tierra es una esfera; hemos construido modelos que representan aproximadamente la forma y distribución de las partes de la tierra, y en general, cuando hablamos de nuestro planeta, pensamos, ó en una masa extendida indefinidamente bajo nuestros pies, ó quizá, olvidando la verdadera tierra, pensamos en un cuerpo, tal como un globo terrestre (modelo.) Pero cuando queremos imaginar la tierra tal como es realmente, combinamos esas ideas lo mejor que podemos; es decir: unimos á la idea de una esfera las percepciones de la superficie terrestre, tales como nos las da la vista, formándonos, así de la tierra, no un concepto propiamente dicho, sino un concepto simbólico.» (1)

«Cuando la magnitud ó complejidad ó la diseminación de los objetos concebidos, dice después, (2) son muy grandes, no se puede pensar á la vez, sino en una pequeña parte de sus atributos, y el concepto es tan imperfecto que no es mas que un símbolo.» Dice también: que *combinar simbólicamente los atributos de un objeto, no es otra cosa, que combinarlos en imágenes sumamente imperfectas de dicho objeto.* (3) Valiéndonos de los símbolos podemos llegar, según el Sr. Spencer á proposiciones y conclusiones generales. (4) Mas por una ley funesta, si ya desde su formación, son tan imperfectos los conceptos simbólicos, lo son todavía más á proporción que adelantamos en el progreso cognoscitivo por la vía de las generalizaciones. «Al pasar de un concepto á otro más amplio, el estado de nuestro pensamiento.....es aun mas incompleta imagen de la

- (1) Pág. 27, lín. 21.
 (2) Pág. 30, lín. 29.
 (3) Pág. 29, lín. 10.
 (4) Lín. 11.

realidad.» (1) Así tales conceptos van siendo cada vez ménos precisos, y más se van alejando de la semejanza de su objeto: «siendo indudablemente cada vez más de-semejante la idea de su objeto, á medida que es mayor el número de individuos contenidos en aquella » (2)

Por aquí se vé, que los conocimientos simbólicos de que se vale la Filosofía, son más inexactos é imperfectos á proporción de su mayor generalidad, y por consiguiente, deben serlo más que los conocimientos concretos; pues solamente en éstos, *las diversas imágenes de los detalles del objeto aparecen simultáneamente á nuestro espíritu é integran su idea.* «Imaginamos perfectamente la roca que está bajo nuestros pies, con su cúspide, su base y sus lados, todo á la vez, de modo que todas esas imágenes aparecen simultáneamente á nuestro espíritu, é integran la idea de esa roca. Pero es imposible hacer lo mismo en cuanto á la tierra, por que no podemos representarnos ni los antipodas ni los demás puntos terrestres, lejanos de nosotros, en los verdaderos sitios que ocupan. Sin embargo, hablamos de la tierra, como si tuviésemos de ella idea exacta, como si pudiésemos imaginarla cual los objetos pequeños. (3)

Notemos de paso, que en concepto del filósofo inglés, una cosa no puede ser perfectamente concebida, porque no puede ser perfectamente imaginada. Por eso dice: que de la tierra no podemos tener un concepto propiamente dicho, sino simbólico: por esto dice también: «que es preciso combinar los objetos simbólicamente, no ya á fin de conocerlos ó concebirlos, sino para imaginarlos. (4) En fin, al recorrer atentamente su obra, se reconoce en ella la inculcación de principios netamente materialistas, por mas que proteste en el último capítulo: que sus razonamientos y conclusiones, no son, ni más

- (1) Pág. 28, lín. 26.
 (2) Lín. 30.
 (3) Pág. 27, lín. 13.
 (4) Pág. 29, lín. 8.

espiritualistas que materialistas, ni más materialistas que espiritualistas. (1)

Réstame hacer otras advertencias respecto de la perfección de los conocimientos universales, y son:

1.^o Que no es lo mismo el conocimiento universal directo, que el conocimiento reflejo. Por el conocimiento directo, se conoce primero, lo más universal ó común, en camino para el conocimiento de lo ménos común. En este caso: el conocimiento de lo más universal, es más imperfecto que el de lo ménos universal; porque por el primero, se conoce la cosa más indistintamente que por el segundo. Mas el conocimiento universal reflejo, como que es un conocimiento comparativo, supone el conocimiento directo de la naturaleza de algún objeto, é incluye un nuevo elemento, que es el concepto mismo de universalidad, y va acompañado de un trabajo abstractivo del entendimiento, que se profundiza cada vez más, á proporción que avanza en la escala de las generalizaciones. El conocimiento enriquecido con ese nuevo elemento, que hace conocer la naturaleza de la cosa bajo un nuevo aspecto, es, á saber, en cuanto es comunicable, adquiere un nuevo grado de perfección. Mas esos conceptos simbólicos, universales, de Spencer, en que se va de una generalización á otra, son evidentemente de esta última especie; por consiguiente, la apreciación que hace de ellos, es falsísima.

2.^o Que para juzgar de la perfección de un conocimiento, no debe examinársele con relación al objeto de otro conocimiento, sino con relación al suyo propio; por que de otra manera, el conocimiento más abstracto sería imperfecto sólo porque su objeto careciese de algunas notas incluidas en el objeto propio de otro conocimiento; es decir: porque carecía de elementos que no debía tener: como si al concepto genérico de viviente quisiéramos exigir las notas propias del concepto de animal.

- (1) Pág. 485, lín. 22.

En verdad, que discurriendo de esta manera sólo encontraríamos un conocimiento perfectísimo, que es el conocimiento sensitivo; cuyo objeto incluye todas las notas de singularidad, de las que prescinde el conocimiento directo intelectual para hacerse cargo de la naturaleza de la cosa, y de las que prescinde también el conocimiento científico. Esta observación da á conocer de una manera palpable el materialismo de Spencer, que califica de conceptos completos sólo las representaciones de la imaginación.

Hechas estas observaciones, que mucho nos han de servir para lo de adelante, volvamos á tomar nuestra deducción. Los conocimientos simbólicos son mas inexactos é imperfectos, á proporción del mayor grado de generalidad; y de consiguiente, lo son mas que los conocimientos concretos. Es así, que, según los caracteres que las doctrinas de Spencer reconocen en los conocimientos y sirven de fundamento para su clasificación, el conocimiento concreto constituye propiamente el conocimiento no unificado ó vulgar, y los conocimientos generales, constituyen, ya el conocimiento parcialmente unificado ó científico, ya el conocimiento completamente unificado ó filosófico: luego el conocimiento filosófico es más inexacto é imperfecto que el conocimiento científico, y este lo es más que el conocimiento vulgar.

¡Dura necesidad, es, pues, para la Filosofía, la de los conceptos simbólicos. (1) ¡Ilusión! Hemos tenido que ascender por la escala de las generalizaciones para levantar el soberbio edificio de la Filosofía; y ahora tenemos que descender por la misma escala para demolerlo! No me extraña este fracaso, y sí mucho, el que con facultades tan débiles como lo es la imaginación, se hubiera sentido nuestro filósofo con fuerza para lanzarse á tan elevadas regiones.

Y si á todo esto agregamos lo que dice Sir Spencer

(1) Pág. 30.

en la página 29, acabaremos de predisponernos contra tales conceptos simbólicos, lamentándonos de la trampa en que casi inevitablemente tenemos que caer, siendo presa y ludibrio del error. Porque por una parte, nos dice: (1) «que si el conocimiento de los símbolos nos permite llegar á proposiciones y conclusiones generales, nos conduce también, á veces, á errores; pues tomamos frecuentemente los conceptos simbólicos por conceptos reales, lo cual nos lleva á muchas conclusiones falsas. Y no sólo estamos expuestos á formar juicios falsos de una cosa ó de una clase de cosas, por tener de ellas un concepto simbólico y no real, sino mas bien, porque llegamos á suponer que nos hemos formado un concepto fiel de una multitud de cosas, cuando solo le tenemos imperfecto por el medio artificial de un símbolo.» Por otra parte, nos dice un poco mas abajo, «que el tránsito de los conceptos reales á los simbólicos, es insensible.» (A cada paso, aquello de que pensar es imaginar; pues en el párrafo anterior, explicando lo mismo, dice: que de los objetos que es fácil imaginar enteros, á los que no, la transición es insensible.) Nos dice tambien: que nos vemos obligados á tratar nuestros conceptos simbólicos como reales; y tambien: que en la mayoría de los casos nos servimos de los símbolos tan bien ó mejor que de los conceptos reales. ¿Con que así? Perdonad, Señores, pero, esto no ha podido ménos que recordarme aquella graciosa fabulita de Samaniego, «El Charlatán y el Rústico.»

Pero al cree que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oía un *fuera*, allí un silvido,
Y todo el mundo queda,
En que es el otro quien mejor remeda.

En resumen: los símbolos son imágenes sumamente

(1) Pág. 29.

imperfectas, (1) y al mismo tiempo, son signos abreviados, equivalentes para nosotros á los objetos reales. (2) Los símbolos nos conducen á errores, (3) y al mismo tiempo, en la gran mayoría de los casos nos servimos de los símbolos tan bien ó mejor que de los conceptos reales. (4) Estamos expuestos á formar juicios falsos de las cosas, por tener de ellas un concepto simbólico y no real, (5) y al mismo tiempo, nos vemos obligados á tratar nuestros conceptos simbólicos como reales. (6)

Pero hay mas. Los conceptos simbólicos tienen otro grave inconveniente, y es, que no son completos. Ya lo habeis oido. «Cuando en vez de unas cosas, cuyos atributos pueden unirse bien en un solo estado de conciencia, se trata de otras cuyos atributos son demasiado extensos ó numerosos para ser reunidos, nos es preciso dejar de concebir parte de ellos, ó todos; es decir, que entonces nos formamos un concepto simbólico. ó ninguno.» (7)

Pues bien, si sólo careciesen de claridad, pudiera decirse, que, á lo menos en confuso, representarían un total bosquejo del objeto; pero desde luego que á tales conceptos faltan los elementos integrantes ¿por qué medios, decidme, podremos, cuando no nos ha sido posible conocer directamente todos los atributos de un objeto, venir en conocimiento de aquellos que no hemos incluido en la idea primitiva? Mas no desesperemos, que el filósofo británico nos dice: (8) que en la mayoría de los casos (luego no en todos) dichas ideas son susceptibles de ser completadas, y en casi

(1) Pág. 29, lin. 10.

(2) Lin. 38.

(3) Lin. 13.

(4) Lin. 37.

(5) Lin. 16.

(6) Lin. 34.

(7) Pág. 29, lin. 3.

(8) Pág. 30, lin. 13.

todos los demás (luego no en todos,) conducen á conclusiones, que la observación comprueba plenamente.

Mas, ¿cómo pueden ser completadas tales ideas; adquiriendo despues la idea de aquellos atributos que no habia sido preciso dejar de concebir, para que asociada á la idea primitiva, podamos integrar un concepto perfecto? Era de suponerse así; pero las siguientes palabras del autor de los Primeros principios, nos desilusionan completamente. «A medida, dice, que los objetos ideados son mas extensos y complejos, ciertos atributos cuya idea habiamos tenido primero, se borran de la conciencia antes de que el resto se haya en ella representado, y el concepto queda incompleto.» (1) Luego tales conceptos simbólicos, nunca pueden llegar á ser efectivamente completados, y de consiguiente, es falso lo que dice en la página 85 línea 17: «un objeto extenso, complicado, dotado de muchos atributos, para que se puedan representar á la vez en la mente, puede ser sin embargo, concebido con bastante exactitud por la unión de varias representaciones, cada una de las cuales, contenga una parte de dichas atributos;» pues es imposible *fusionar ó combinar* conceptos sucesivos, si éstos no se hallan presentes á la mente, como objetos sobre los cuales se versa actualmente la actividad combinadora de aquella. ¿Cómo podrá un sonido obtenido en el órgano, servirnos para producir una combinación simultánea, ó consonancia de dos notas, con el sonido que se oye al herir otra tecla, después de que hemos dejado de oprimir la primera? ni cómo podrian servirnos los dos primeros sonidos, para formar un acorde simultáneo con otro tercer sonido, que llegue á producirse, cuando la impresión que los otros dos hicieron en el oido, haya desaparecido por completo?

Si, pues, los conceptos simbólicos son indispensables á la Filosofía, ésta se vé condenada á organizarse indis-

(1) Pág. 30, lin. 25.

pensablemente de elementos confusos, incompletos é inciertos; y por tanto, como arriba deducíamos, el conocimiento filosófico es mas inexacto é imperfecto que el que Spencer llama simplemente conocimiento parcialmente unificado, y con mas razón, que el conocimiento no unificado.

Y no se diga, que el autor asigna dos casos en que los conocimientos simbólicos son legítimos; (1) es á saber: «siempre que por operaciones intelectuales sucesivas ó indirectas, ó por la verificación de las predicciones deducidas, podamos adquirir certeza de que dichos conceptos representan seres reales;» porque si tales conceptos son de suyo incapaces por su falta de claridad y exactitud, para representar fielmente un objeto real, que nunca podrá ser perfectamente conocido, si no tiene perfecta semejanza con el concepto que lo representa, y mucho menos todavía, si faltan algunos elementos constitutivos de la idea más á menos complexa de su naturaleza, tales conceptos deben ser siempre y necesariamente ilegítimos.

En conclusión: nuestro filósofo, con sus propias doctrinas nos enseña á formarnos un concepto muy bajo de la Filosofía, al paso que pretende lo contrario con su altisonante definición.

II.

Preguntemos en seguida, ¿aldar esta definición, deslinda su autor el objeto de la Filosofía? Nó, contestemos sin vacilar; no obstante que así lo pretende.

Porque, según los términos de la definición, el conocimiento de todos aquellos objetos que pueden dar materia para la completa unificación, es lo que debe llamarse con toda propiedad, Filosofía. Tal es el conocimiento ontológico, que por razón del mayor grado de

(1) Pág. 30, lín. 34.

generalidad de su objeto, es perfectamente susceptible de unificarse. Sin embargo, nuestro filósofo dice: (1) «toda Filosofía que pretenda ser ontología es falsa.» Lo que evidentemente no tiene derecho para decir; pues, en la definición no se encuentra partícula alguna, que excluya semejantes conocimientos de la Filosofía: lo mismo se puede decir de la Teología Natural, cuyas doctrinas son perfectamente unificables; y en general, de todos aquellos conocimientos que se ha reconocido estar comprendidos dentro del objeto de la Filosofía, y que el inglés pretende que deben excluirse de ella. Así, pues, aunque Spencer pretende (2) «haber desalojado á la Filosofía de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerla,» no puede confiarse de haberlo conseguido, formulando una definición tan indeterminada, como es la que venimos estudiando. Y aunque el expositor de la Filosofía Natural, parte del principio de que nuestro conocimiento no se puede elevar más allá de lo relativo, la definición no lo expresa, y por tanto, para concretar debidamente el objeto del conocimiento filosófico, debía usar de algunas partículas restrictivas, que nos diesen á conocer, que los conocimientos de lo absoluto, aunque de suyo perfectamente unificables, no se contienen dentro de los límites de la Filosofía. Por otra parte, ese principio es falso; y sin que haya necesidad de demostrar directamente su falsedad, ya veremos que el mismo Spencer no lo reconoce constantemente.

Luego el autor, al definir á la Filosofía, *el saber completamente unificado*, no deslinda su objeto.

III.

¿Y que piensa el autor de la definición que venimos estudiando, respecto de las fuentes de las verdades filo-

(1) Pág. 113, lín. 18.

(2) Pág. 115, lín. 7.

pensablemente de elementos confusos, incompletos é inciertos; y por tanto, como arriba deducíamos, el conocimiento filosófico es mas inexacto é imperfecto que el que Spencer llama simplemente conocimiento parcialmente unificado, y con mas razón, que el conocimiento no unificado.

Y no se diga, que el autor asigna dos casos en que los conocimientos simbólicos son legítimos; (1) es á saber: «siempre que por operaciones intelectuales sucesivas ó indirectas, ó por la verificación de las predicciones deducidas, podamos adquirir certeza de que dichos conceptos representan seres reales;» porque si tales conceptos son de suyo incapaces por su falta de claridad y exactitud, para representar fielmente un objeto real, que nunca podrá ser perfectamente conocido, si no tiene perfecta semejanza con el concepto que lo representa, y mucho menos todavía, si faltan algunos elementos constitutivos de la idea más á menos complexa de su naturaleza, tales conceptos deben ser siempre y necesariamente ilegítimos.

En conclusión: nuestro filósofo, con sus propias doctrinas nos enseña á formarnos un concepto muy bajo de la Filosofía, al paso que pretende lo contrario con su altisonante definición.

II.

Preguntemos en seguida, ¿aldar esta definición, deslinda su autor el objeto de la Filosofía? Nó, contestemos sin vacilar; no obstante que así lo pretende.

Porque, según los términos de la definición, el conocimiento de todos aquellos objetos que pueden dar materia para la completa unificación, es lo que debe llamarse con toda propiedad, Filosofía. Tal es el conocimiento ontológico, que por razón del mayor grado de

(1) Pág. 30, lín. 34.

generalidad de su objeto, es perfectamente susceptible de unificarse. Sin embargo, nuestro filósofo dice: (1) «toda Filosofía que pretenda ser ontología es falsa.» Lo que evidentemente no tiene derecho para decir; pues, en la definición no se encuentra partícula alguna, que excluya semejantes conocimientos de la Filosofía: lo mismo se puede decir de la Teología Natural, cuyas doctrinas son perfectamente unificables; y en general, de todos aquellos conocimientos que se ha reconocido estar comprendidos dentro del objeto de la Filosofía, y que el inglés pretende que deben excluirse de ella. Así, pues, aunque Spencer pretende (2) «haber desalojado á la Filosofía de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerla,» no puede confiarse de haberlo conseguido, formulando una definición tan indeterminada, como es la que venimos estudiando. Y aunque el expositor de la Filosofía Natural, parte del principio de que nuestro conocimiento no se puede elevar más allá de lo relativo, la definición no lo expresa, y por tanto, para concretar debidamente el objeto del conocimiento filosófico, debía usar de algunas partículas restrictivas, que nos diesen á conocer, que los conocimientos de lo absoluto, aunque de suyo perfectamente unificables, no se contienen dentro de los límites de la Filosofía. Por otra parte, ese principio es falso; y sin que haya necesidad de demostrar directamente su falsedad, ya veremos que el mismo Spencer no lo reconoce constantemente.

Luego el autor, al definir á la Filosofía, *el saber completamente unificado*, no deslinda su objeto.

III.

¿Y que piensa el autor de la definición que venimos estudiando, respecto de las fuentes de las verdades filo-

(1) Pág. 113, lín. 18.

(2) Pág. 115, lín. 7.

sóficas? (1) «La Filosofía, dice, es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos dá asimilando hechos. Es el producto final de la operación que comienza por una simple recopilación de observaciones, que continúa por la elaboración de proposiciones mas amplias y termina en proposiciones universales.» Mas en verdad, que la filosofía de Spencer no puede decirse diametralmente opuesta á la experiencia: porque, los conocimientos generales de que se vale, nunca llegan á ser independientes de la experiencia, mucho menos opuestos. De todos los puntos situados en una misma circunferencia, los diametralmente opuestos son los que se encuentran á la mayor distancia posible; y ciertamente, que las generalizaciones spencerianas no son mas que agrupamientos de hechos en clases ó colecciones cada vez mas vastas, que nunca se llegan á alejar ni mas ni menos de la experiencia. En el capítulo II de la segunda parte, titulado: Datos de la Filosofía, busca el autor casi al fin de la página 124, además de la veracidad de la conciencia, «la verdad de algún dato de ella» partiendo de que «la unificación del conocimiento sólo puede efectuarse, demostrando que una proposición final envuelve y consolida todos los resultados de la experiencia.» Busca (2) «un principio primario que debe dar unidad á toda la experiencia:» «que no puede limitarse á la experiencia de uno ó de muchos órdenes, sino que debe aplicarse á la experiencia universal; y un poco después, dice: que esa proposición de que ha hablado antes, que es la que dá unidad al conocimiento, precisamente tiene que especificar la oposición de las dos últimas clases de experiencias, en las que estan incluidas todas las demás.» y esto, partiendo de que «conocer es clasificar ó agrupar lo semejante y separar lo desemejante, y de que, la unificación del co-

(1) Pág. 116, lín. 36.

(2) Pág. 125, lín. 2.

nocimiento se hace por inclusión de las clases más pequeñas de experiencias en otras mayores.» Basta ya, Señores, en donde quiera experiencias y más experiencias.

Pues ya lo vemos, Señores, la unificación de los conocimientos es unificación de experiencias, y sin embargo, esa misma unificación es diametralmente opuesta á la experiencia. *Risum teneatis?*

Y podrá atribuir á la Filosofía, verdades tan puramente racionales que puedan decirse diametralmente opuestas á la experiencia, quien de tal manera exige como cosa indispensable para el conocimiento, la asimilabilidad de los objetos mismos, que llega hasta á decir, que «si un objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido, (1) y quien fundado en tal principio, asegura que la causa primaria no puede ser conocida, porque no siendo de especie semejante, á las de los objetos que los sentidos nos revelan, no podemos pensarla positivamente? (2) Ciertamente es, que el que dice esto, se olvidó de que en la página 36 había dicho que «no podemos pensar en las sensaciones que experimentamos mediante los sentidos, sin pensar en la causa primaria. *Causa causarum.*» «Cualquiera que sea la causa, dice un poco antes, estamos obligados á suponer alguna; y no sólo alguna causa, sino una causa primaria. (3)

Mas ya que hemos tocado un punto tan capital, puesto que ganada esta fortaleza, podrá el positivismo sin estorbo alguno, encastillar al entendimiento al conocimiento de sólo lo sensible, confundiendo lo con el sentido, permitiendo rechazar tal absurdo principio, de que si una cosa no es asimilable á otras ya vistas no puede ser conocida. Con él pretende Spencer, resolver la dificultad que se propone en la página 73 línea 13 diciendo: «En vano se objetará que si la cognición supone re-

(1) Pág. 73, lín. 16.

(2) Págs. 73, y 74.

(3) Lín. 24.

cognición, no se puede tener conocimiento ni por un adulto, de un objeto, la primera vez que le impresiona; porque se puede responder: que si ese objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido, y si lo es, sí puede establecerse tal asimilación. »

Demostremos, pues, la falsedad del principio mencionado.

La asimilabilidad de que aquí se trata, es la aptitud que tienen los objetos para poder ser coleccionados en clases más ó menos universales que los contengan. Pues bien, en el orden real, esta propiedad, fundada en la unidad específica, ó genérica, precede al conocimiento mismo; sin embargo, el acto mismo de coleccionar ó incluir los objetos en especies conocidas ya, ó sea, por decirlo así, el ejercicio actual de tal asimilabilidad, es posterior al acto cognoscitivo y le supone; porque esa actual asimilación incluye necesariamente una comparación, y toda comparación, según el testimonio mismo de Mr. Mansel, alegado por Spencer, (1) supone el conocimiento de todos los términos comparados. (2) En la página 82 insiste Spencer sobre este particular. llamando la atención sobre estas otras palabras de Mr. Mansel, «siendo la comparación un acto de conciencia, no es posible sin tenerla de ambos términos comparados.»

Por tal razón, el acto de asimilar un objeto á otros ya conocidos, ó lo que es lo mismo, el acto por el que únicamente, tal asimilabilidad se pone en ejercicio, es posterior al conocimiento mismo de la asimilabilidad, y mucho más, al conocimiento directo del objeto asimilable. Y así, el que un objeto sea asimilable ó no lo sea, no influye en el conocimiento directo; siendo la asimilabilidad, en resumen, la potencia que tiene un objeto para recibir cierta disposición en un acto intelectual posterior al conocimiento del objeto. Es, pues, falso, asegurar que

(1) Págs. 70, 71 y 72.

(2) Pág. 71, lín. 29.

si un objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido.

Fuera de que, la respuesta dada no resuelve la objeción; porque puede decirse, que es indudable que en la sucesión progresiva de los conocimientos, va habiendo siempre algo nuevo que conocer, y que por consiguiente no es asimilable á lo ya conocido: luego, ó debe decirse que nada nuevo se conoce, y entonces el adulto se hallaría en peores condiciones que el niño, cuyos conocimientos imperfectos y rudimentales, le van sirviendo y lo van disponiendo para el conocimiento perfecto; ó debe decirse, que se conoce algo que no es asimilable á lo ya conocido, y en ese caso, la respuesta no es satisfactoria.

El ejemplo que pone Mr. Spencer, de un animal desconocido para nosotros, que por su muy anormal organización, no podamos referirlo á una especie ó género conocido, prueba únicamente, que no podemos incluirlo en alguna de las clase establecidas por la Zoología; pero de ninguna manera prueba, que no se pueda conocer dicho animal; pues de hecho se han conocido en él caracteres tan singulares, que comparados con los de las demás especies, se ha encontrado no tener punto de conveniencia con ellos.

Muy riguroso me había parecido nuestro filósofo con tanto espiritualismo; pues os aseguro, que ni nuestra rancia filosofía escolástica, que no reconoce la experiencia como la única fuente de verdad, hubiera dicho que los conocimientos filosóficos son diametralmente opuestos á los que la experiencia nos suministra. Pero lo dice, el que ha pronunciado que «la verdad en su forma mas elevada no puede ser.....sino la concordancia perfecta en todo el campo de la experiencia, entre las representaciones.....ideales...y las perfecciones...reales.»

(1) «Lo dice el que quiere que el hombre de ciencia

(1) Pág. 122, lín. 12.

aprenda á conocer su poder en el dominio de la experiencia y su impotencia fuera de él." (1)

Un modo de hablar, tan valiente, es exageradamente exclusivo; Kant y los demás filósofos alemanes que han seguido sus doctrinas, no se expresarían de otra manera. Así es, que no obstante que Mr. Spencer declara la enemistad de las dos escuelas, alemana é inglesa, al grado de expresarse en estos términos: "Los discípulos de Schelling, de Fichte y Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva el nombre de "Filosofía" en Inglaterra. En represalias (N. B.) los ingleses podrían rechazar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas." No obstante todo esto, la declaración del inglés, podría ser la de una alianza muy estrecha entre las dos escuelas.

Deduzcamos de lo dicho, en primer lugar: que al decir el expositor de la Filosofía natural, que la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos, contradice sus doctrinas: y en segundo lugar: que su verdadero sentir sobre las fuentes de las verdades de la filosofía, es: que la experiencia es la verdadera y única fuente del conocimiento, sin que en esto deje de contradecirse, al admitir la causa primaria, la existencia de lo absoluto, y el principio de la persistencia de la fuerza, de que ya me ocuparé.

IV.

Mas, si la experiencia es la única fuente de la verdad filosófica para Spencer, preguntaremos, ¿es tan amplio el dominio de la experiencia, que baste al autor de Los primeros principios, para conocer todas las verdades de que tiene una certidumbre completa? Nó, absolutamente, como lo prueban las verdades históricas que recono-

(1) Pág. 61, lín. 20.

ce. ¿Cómo le es evidente según él se expresa, (1) "que sus católicos abuelos hallaban gran consuelo en creer que se les perdonaban sus crímenes fundando iglesias?" ¿Por qué agrupaciones de experiencias ó asimilaciones de objetos, ha venido á descubrir esta verdad, de que no tiene duda? Ha sido por medio de conceptos simbólicos que ha hallado conformes á la experiencia? No ha sido, sino porque contradiciendo el criterio proclamado en su filosofía, se ha visto obligado á dar fé á su historia patria.

Pero, para mayor confirmación de que el expositor de la Filosofía natural, no es constante en reconocer únicamente la fuente de verdad establecida por él mismo, después de investigar cuáles son los principios de su filosofía, examinaremos si son ó no cognoscibles por la experiencia, y en caso de no serlo, preguntaremos ¿por lo ménos tienen la firmeza y certidumbre que les corresponde, en calidad de primeros principios? Son proporcionados á las verdades que de ellos deben deducirse, y del mismo orden que de éstas? En una palabra. ¿Son tan legítimos, que puedan servir de base á la Filosofía? Véamoslo, y desde luego, admiremos la habilidad del experimentado profesor inglés, para hacer valer la experiencia antes de proceder de ella. ¿Qué hace, pues, este aguerrido campeón, antes de esgrimir su terrible arma, para sentar las verdades primarias, que le han de servir de punto de partida para dar solidez á sus conceptos posteriores? Nada menos, que admitir provisionalmente como verdaderas, esas instrucciones fundamentales, como él les llama, esperando que la experiencia venga después autorizándolas. "¿Por qué medio, dice, la inteligencia, en busca de una filosofía, podrá darse cuenta de sus conceptos, y demostrar su validez ó invalidez? Sólo hay uno: admitir como verdaderas, provisionalmente, aquellas ideas vitales ó que

(1) Pág. 103.

aprenda á conocer su poder en el dominio de la experiencia y su impotencia fuera de él." (1)

Un modo de hablar, tan valiente, es exageradamente exclusivo; Kant y los demás filósofos alemanes que han seguido sus doctrinas, no se expresarían de otra manera. Así es, que no obstante que Mr. Spencer declara la enemistad de las dos escuelas, alemana é inglesa, al grado de expresarse en estos términos: "Los discípulos de Schelling, de Fichte y Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva el nombre de "Filosofía" en Inglaterra. En represalias (N. B.) los ingleses podrían rechazar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas." No obstante todo esto, la declaración del inglés, podría ser la de una alianza muy estrecha entre las dos escuelas.

Deduzcamos de lo dicho, en primer lugar: que al decir el expositor de la Filosofía natural, que la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos, contradice sus doctrinas: y en segundo lugar: que su verdadero sentir sobre las fuentes de las verdades de la filosofía, es: que la experiencia es la verdadera y única fuente del conocimiento, sin que en esto deje de contradecirse, al admitir la causa primaria, la existencia de lo absoluto, y el principio de la persistencia de la fuerza, de que ya me ocuparé.

IV.

Mas, si la experiencia es la única fuente de la verdad filosófica para Spencer, preguntaremos, ¿es tan amplio el dominio de la experiencia, que baste al autor de Los primeros principios, para conocer todas las verdades de que tiene una certidumbre completa? Nó, absolutamente, como lo prueban las verdades históricas que recono-

(1) Pág. 61, lín. 20.

ce. ¿Cómo le es evidente según él se expresa, (1) "que sus católicos abuelos hallaban gran consuelo en creer que se les perdonaban sus crímenes fundando iglesias?" ¿Por qué agrupaciones de experiencias ó asimilaciones de objetos, ha venido á descubrir esta verdad, de que no tiene duda? Ha sido por medio de conceptos simbólicos que ha hallado conformes á la experiencia? No ha sido, sino porque contradiciendo el criterio proclamado en su filosofía, se ha visto obligado á dar fé á su historia patria.

Pero, para mayor confirmación de que el expositor de la Filosofía natural, no es constante en reconocer únicamente la fuente de verdad establecida por él mismo, después de investigar cuáles son los principios de su filosofía, examinaremos si son ó no cognoscibles por la experiencia, y en caso de no serlo, preguntaremos ¿por lo ménos tienen la firmeza y certidumbre que les corresponde, en calidad de primeros principios? Son proporcionados á las verdades que de ellos deben deducirse, y del mismo orden que de éstas? En una palabra. ¿Son tan legítimos, que puedan servir de base á la Filosofía? Véamoslo, y desde luego, admiremos la habilidad del experimentado profesor inglés, para hacer valer la experiencia antes de proceder de ella. ¿Qué hace, pues, este aguerrido campeón, antes de esgrimir su terrible arma, para sentar las verdades primarias, que le han de servir de punto de partida para dar solidez á sus conceptos posteriores? Nada menos, que admitir provisionalmente como verdaderas, esas instrucciones fundamentales, como él les llama, esperando que la experiencia venga después autorizándolas. "¿Por qué medio, dice, la inteligencia, en busca de una filosofía, podrá darse cuenta de sus conceptos, y demostrar su validez ó invalidez? Sólo hay uno: admitir como verdaderas, provisionalmente, aquellas ideas vitales ó que

(1) Pág. 103.

no pueden ser aisladas, sin producir la disolución del espíritu,..... dejando á los resultados el cuidado de justificar esta hipótesis. (1) Pues bien: ó son válidos todos los procedimientos racionales fundados en tales principios provisionales, ó no lo son. Si son válidos, como quiera que, la verdad del consiguiente, depende indispensablemente de la verdad de las premisas, es preciso, que tales principios, sean desde luego verdaderos. Luego, lo son necesariamente antes de la confirmación de la experiencia, pues tal confirmación, no puede darles valor para deducir una consecuencia que hacian legítima, en virtud de la verdad que ya poseían.

Si tales procedimientos no son válidos; la confirmación que reciban de la experiencia, esos mismos principios será enteramente inútil; pues no podrá darles la verdad que necesitan, antes de que dichos principios deban ser definitivamente verdaderos, según el positivista. Luego, el suponer como provisionalmente verdaderas esas intuiciones fundamentales, es absolutamente ilegítimo é innecesario, y así, debía el filósofo decirnos: ¿en cuya virtud pueden servirle semejantes principios provisionales, como fundamento para levantar el edificio de las verdades filosóficas? ó decirnos, si ¿la necesidad de su admisión ha procedido también de algunas asimilaciones de experiencias? ó ¿hemos también de estar aguardando su confirmación experimental para un tiempo indefinido?

Además, suponiendo á la experiencia un efecto retroactivo, habría que cometer necesariamente un círculo vicioso, admitiendo tales principios como fundamentos necesarios de las verdades experimentales, y admitiendo éstas como fundamentos necesarios de tales principios.

(1) Pág. 121, lín. 9.

V.

Y el principio de la persistencia de la fuerza, tan constantemente inculcado en la filosofía spenceriana, ¿cuenta con mejores dotes de verdad? ¿Es también comprobado por la experiencia? ¡Ah! El único principio que supera á la experiencia es, la persistencia de la fuerza, nos contesta francamente Mr. Spencer. (1) ¿Y qué fuerza es esta, cuya persistencia se impone tan irresistiblemente? Respuesta. «La fuerza cuya persistencia afirmamos, es la fuerza absoluta.» (2) Es una causa incondicionada, realidad absoluta, productora directa de la fuerza condicionada de cuyas experiencias afirma (1) que pueden originarse todos los modos de conciencia. Mas Sr. Spencer, ¿qué podemos concebir lo absoluto? Pues entonces ¿en qué queda ese largo capítulo IV, que trata de la relatividad de todo conocimiento? En qué queda ese largo pasaje que citais de Sr. William Hamilton, que asegura, que lo infinito y lo absoluto no pueden ser concebidos? ¿En qué queda? En lo que queda todo.

¡Por piedad! Sr. profesor, siquiera en honor de la filosofía positivista, no admitais el conocimiento de lo absoluto; ó estáis seguro de no contravenir sus prescripciones? Muy al contrario, Señores, escuchémosle. «Aunque la Filosofía (4) condena unos tras otro todos los ensayos para concebir lo absoluto..... aunque por obedecerla, neguemos una tras otra todas las ideas, á medida que van produciéndose; como no podemos despreciar todo el contenido de la conciencia, queda siempre en el fondo un elemento que pasa por nuevas formas. (¡Mirad

(1) Pág. 171, lín. 16.

(2) Pág. 168, lín. 35.

(3) Lín. 9.

(4) Pág. 84.

las formas del gran panteísta enemigo de los alemanes! esas formas de que habla frecuentemente, me hacen creer, que Spencer se educó en la Filosofía alemana.)

Es para el rebelde positivista, tan imperiosa la necesidad de admitir lo absoluto, que no duda expresarse así: «El impulso del pensamiento nos lanza ineludiblemente por encima de lo condicionado en lo incondicionado.» (1) Y aun asegura: «que no se puede ni decir que lo absoluto no es cognoscible, porque esto es afirmar tácitamente su existencia.» (2)

Ya, pues, que el Británico se resuelve á traspasar su credo, preguntémosle: ¿de qué orden es el principio de la persistencia de la fuerza? ¿cual es el rango que ocupa entre los principios de la Filosofía positivista? Mr. Spencer nos contestará: que por persistencia de la fuerza, entiende, persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón. (3) Esto es bellísimo. Conque ¿el principio de los principios: (4) está sobre nuestro conocimiento? La verdad primaria que no puede tener prueba inductiva, [N. B.] que no puede derivarse ni deducirse de ninguna otra, (5) supera á nuestra razón? ¿es un objeto de fé sobrenatural? El primer postulado de la Filosofía spenceriana, es, un acto de fé en la persistencia de una realidad, que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón?

Héteros aquí á la filosofía spenceriana convertida en una teología. ¡*Oh tempora, oh mores!* La fé en Spencer, ó de Spencer, por que él tambien cree, ó quizá la misteriosa revelación de Mr. Hamilton, es el primer fundamento de la filosofía positivista. «Una revelación maravillosa nos inspira una creencia invencible en la

(1) Pág. 84, lín. 3.

(2) Pág. 79, lín. 33.

(3) Pág. 168, lín. 37.

(4) Pág. 148, al comenzar el núm. 50.

(5) Líns. 6 y 14 de la pág. 168.

existencia de algo incondicionado que traspasa la esfera de la realidad comprensible,» dice el último de los dos creyentes.

En vista de todo esto, mas me atengo á los principios de mi rancia Filosofía Escolástica, que son conocidos por la luz de la razón; *cognitio rerum per causas altiores ex lumine naturali.* Y si bien, es cierto, que nosotros tambien admitimos esa realidad, causa productora directa de esa que llama Spencer, efecto condicionado; entre nosotros, esa verdad no es un postulado admitido por la Filosofía, es una verdad que supone los postulados de la Filosofía, no es un principio, es una conclusión. Leedlo allá en las últimas secciones de la Metafísica. *Conclusio. Existit causa prima quam vocamus Deum.*

Pero, siendo este el principio fundamental de todos los demás, no llevareis á mal que me detenga un poco más, en el análisis de las doctrinas con que Mr. Spencer trata de exponerlo. Le hemos oído decir, que el tal principio carece de prueba inductiva; pues ahora oigamos como pregunta en otro lugar. (1) «En que razones nos fundamos para afirmar la persistencia de la fuerza? Inductivamente solo tenemos una prueba, la que nos presenta el mundo de los fenómenos sensibles.» Es tan palmaria la contradicción entre este pasaje y el otro en que asegura que carece de prueba inductiva, que yo me inclino á creer que allá debe leerse: deductiva y no inductiva. Mas, ¿sabéis cuál es esa prueba inductiva? Procura averiguar la invariabilidad de la cantidad de materia, observando que ésta, sometida á varios cambios que la modifican, equilibra siempre, en la balanza, el mismo número de unidades de fuerza gravitativa. Todo estriba, concluye, (2) en el principio ó hipótesis de que la gravedad de los pesos es constante;

(1) Pág. 166, lín. 3.

(2) Pág. 167, lín. 13.

mas de esa constancia no tenemos ni podemos tener prueba alguna. Héle aquí, en primer lugar, concluyendo siempre con un acto de fé, como arriba decíamos, es á saber: creo que la gravedad de los pesos es constante: en seguida le veremos llamar al principio fundamental con un nombre que si bien es mas modesto, revela mejor la audacia de los que tan maliciosamente lo alegan. Oidlo, Señores. La verdad primaria, que no puede derivarse de ninguna otra, es una hipótesis, y no creais que se le escapa de ligero una aserción como esta; pues á renglón seguido, dice: «Los razonamientos de los astrónomos implican una hipótesis semejante, de la cual podemos sacar una conclusión análoga.»

Será pues, una hipótesis; mas una hipótesis que no tiene ni puede tener prueba alguna, qué es? una hipótesis gratuita, una hipótesis que se funda en una creencia, en la constancia de las fuerzas de la gravedad, que á la página siguiente es una verdad primaria, y que mas tarde, para los seguidores de Spencer, es una revelación misteriosa, en la que únicamente se fundan todos los principios de la Filosofía y de las ciencias.

Y ¿que mucho, que diga el autor de Los primeros principios, que la constancia de la fuerza gravitativa es una hipótesis, cuando aun la misma fuerza gravitativa es para el filósofo inglés, un supuesto de que tiene que partir para dar la explicación de las maravillosas agrupaciones, que, según los positivistas, han tenido que verificarse en el mundo sidéreo, en virtud de las leyes de la evolución? Oigámosle. «Suponiendo, que la materia del sistema sidéreo haya estado y esté sometida á la gravitación, se explican los grandes grupos de que está compuesto. (1) Sin embargo, ¿ya veis que es un supuesto? pues inmediatamente, por una transformación mágica de esas que sabe hacer Mr. Spencer, ese supuesto ya es una prueba. Oigamos.

(7) Pág. 272, lín. 9.

«Pa emos al sistema solar, sin insistir más en el sidéreo, del cual basta con la *prueba ya aducida.*»

Mas, permitidme, Señores, que os llame la atención sobre este pasage, haciéndoos notar, que también para el Sr. Spencer, el movimiento no es esencial á la materia; y, que, si por una parte, necesita suponerla dotada de un principio de movimiento, cual es esa fuerza gravitativa, á fin de explicar las grandes y numerosas transformaciones del dicho sistema, por otra, se ve obligado á buscar fuera de la materia, una causa que haya podido comunicarle el principio de su movimiento.

Muy buen argumento es este para probar la existencia de Dios: ni es en verdad, el único que nos suministran las doctrinas de Los primeros principios.

Después de ésta pequeña digresión, continuaremos en nuestro asunto, observando por último: que la constancia ó persistencia de un mismo número de unidades de fuerza gravitativa, ó de un mismo número de pesos equilibrados en la balanza, que es á lo que queda reducido el colosal principio, debe ser el apoyo de las verdades que la conciencia nos testifica, de la distinción entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el no yo, que tanto se esfuerza el filósofo en establecer, de las generalizaciones de las ideas, de la legitimidad de los conceptos simbólicos, de la actividad de la voluntad, de las represalias entre las dos escuelas, inglesa y alemana, y de otras tantas cosas.

Pero no creamos, Señores, que por esto, el autor es más materialista que espiritualista, aunque hable de cantidad de sensación; (1) aunque diga: (2) «Las formas de lo incognoscible, que llamamos movimiento, calor, luz, afinidad química, etc. son transformables unas en otras y tambien en las formas que llamamos emoción, sensación, pensamiento; y éstas, á su vez, pueden, por una

(1) Pág. 190, lín. 16.

(2) Págs. 193, lín. 20.

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado. No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que, según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó desco puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, puede creer demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo presiado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita, —Poder ó Fuerza,— que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.

(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia. «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la magia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destruí-

(1) Pág. 151, lín. 20.

(2) Pág. 152, lín. 12.

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado. No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que, según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, puede creer demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo presionado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita, —Poder ó Fuerza,— que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.

(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia. «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la magia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destruí-

(1) Pág. 151, lín. 20.

(2) Pág. 152, lín. 12.

da. En seguida hagámonos cargo de las pruebas:
 (1) «El cometa, que se ve en una noche aparecer y agrandarse en los cielos, no es un cuerpo creado recientemente, sino oculto, hasta entonces, por estar fuera del alcance de nuestra vista. La nube, que se forma en pocos minutos, no se compone de una sustancia que comienza entonces á ser, sino que existía ya en la atmósfera en forma difusa y trasparente..... Inversamente, observaciones exactas nos hacen ver que las destrucciones aparentes de materia no son sino cambios de estado. Así, el agua evaporada, aunque se ha hecho invisible, puede, por condensación, volver á tomar su forma primitiva.»

«El efecto de esa prueba específica, (N. B.) unido á la prueba que nos suministra diariamente la permanencia de los objetos que nos son familiares, ha adquirido tal potencia, que hoy día la indestructibilidad de la materia es una verdad, cuya negación es inconcebible.» (2)

Reasumamos. El escritor inglés, fundado en una constante experiencia, prueba solamente que la materia no se destruye, mas no, que no pueda destruirse: así mismo, prueba que la materia, una vez existente, experimenta constantes transformaciones; pero no, que no pueda comenzar á existir. Porque, es necesario distinguir la cuestión de hecho, y la cuestión de posibilidad. En cuanto al hecho, concedemos que la materia no se destruye, y aun añadimos, que estudiando la naturaleza de los seres que pueblan el mundo, se colige, que nada se destruirá. Y en verdad, que solamente porque el positivista asegura, (3) que esta verdad, solo en los tiempos modernos, y por los hombres de ciencia, ha sido puesta fuera de duda, me veo obligado á decirle que tambien los escolásticos de antaño la han profesado; oigamos por

(1) Pág. 152, lín. 16.

(2) Pág. 153, lín. 7.

(3) Pág. 154, lín. 15.

todos, al Maestro, (1) «Creaturarum autem naturae hoc demonstrant ut nulla earum in nihilum redigatur: quia vel sunt immateriales, et sic non est in eis potentia ad non esse; vel sunt materiales, et sic saltem remanent semper secundum materiam, quae incorruptibilis est utpote subjectum existens generationis, et corruptionis.. Unde simpliciter dicendum est, quod nihil omnino in nihilum redigetur.» Las naturalezas de las creaturas estan demostrando que ninguna de ellas será reducida á la nada: porque, ó son inmateriales, y así no tienen potencia para dejar de ser; ó son materiales, y entonces, por lo menos en cuanto á la materia, que es incurruptible, puesto que es el sujeto de la generación y de la corrupción, son siempre permanentes..... Por lo que hay que asegurar absolutamente que ninguna cosa será reducida á la nada.

Esto en cuanto al hecho; mas en cuanto á la cuestión de posibilidad, que es la única á que debe referirse el principio de la indestructibilidad de la materia, quedamos en espera de las pruebas para apreciarlas en seguida.

Podemos decir, que el mismo sofista no hace otra estimación de sus propias pruebas, pues está muy lejos de creer, que la existencia del cometa antes de su aparición, pruebe que no es creado; porque no dice que el tal cometa sea un cuerpo no creado; sino que no es un cuerpo creado recientemente: no dice que la nube sea una sustancia increada, sino solo que no debe creerse que entonces comienza á ser, pues que ya existía en la atmósfera en forma difusa y trasparente. Muy bien, Sr. Spencer, estos descubrimientos no datan, pues, de fecha moderna; los han conocido desde los más antiguos escolásticos: oíd al Maestro, dice: (2) «Deus requievit die septimo..... quia die septima cessavit novas creaturas condere: nihil enim postea fecit quod non aliquo modo praecesserit in

(1) 1ª Parte, Suma Teol. cuestión 104, art. 4; en el cuerpo del art

(2) 1ª Parte, Suma Teol. cuest. 73, art. 2º

primis operibus." Dios descansó el séptimo día..... porque en él dejó de crear nuevas creaturas: porque nada hizo después, que de algún modo no haya estado hecho en las primeras obras;" y en el artículo precedente, (1) dice: "Nihil postmodum á Deo factum est totaliter novum, quin aliquo modo in operibus sex dierum praecesserit." Nada se ha hecho por Dios, después, que sea del todo nuevo, que no haya estado ya, de algún modo, en la obra de los seis días; y en la cuestión 69. art. 2.º dice: "In illis primis diebus condidit Deus creaturam originaliter, vel causaliter: á quo opere postmodum requievit." Dios crió en aquellos primitivos días, á todas las creaturas, original, ó causalmente; de cuya obra descansó después. "Qui tamen, añad., postmodum secundum administrationem rerum conditarum per opus propagationis usque modo operatur." Sin embargo, Dios mismo, continúa constantemente su operación, aun después (de haber creado las cosas,) por medio de la propagación, según corresponde á la administración de todas las cosas respectivamente. Y si por una parte, las mismas expresiones de que el filósofo positivista se vale al proponer los ejemplos del cometa y de la nube, dan á conocer de una manera indirecta, que Spencer, lejos de tener como absurda la creación de la materia, la supone; las últimas partículas de su proposición nos lo revelan mas patentemente. La materia no nace ni perece, á lo menos para nuestro pensamiento. Pues, ó esta restricción significa, que efectivamente la materia puede comenzar á ser y aun á aniquilarse, si bien esto no lo concebimos, ó las partículas que la expresan son inútiles. Mas si esas palabras tienen tal significación, y la dificultad se reduce á que Spencer se imagine la creación, podemos tranquilizarnos, con la seguridad de que, no sufrirá menoscabo alguno la realidad de la creación, ni su legítimo concepto intelectual.

(1) Ad 3.

VI.

Examinemos otro principio celeberrimo de la filosofía spenceriana: que todas las cosas que conocemos "son manifestaciones de lo Incognoscible." (1) Esto en verdad no puede ser un principio de la Filosofía, pues es indudable que no es una proposición verdadera é inmediatamente evidente; mas tampoco puede serlo en el sentido de Spencer, puesto que en ninguna parte de los Primeros principios dice, que tal postulado sea comprobado por la experiencia. Ya le hemos oído decir, que el único principio que supera á la experiencia es la persistencia de la fuerza; luego, todos los demás no la superan; y por consiguiente, como en ninguna parte nos declara la correspondencia de tal principio con los hechos experimentales, creo que no tiene otra procedencia mas que la malicia del autor. Yo os confieso haber buscado y rebuscado repetidas veces la justificación de este famoso principio, sin haber encontrado mas que el siguiente pasage tomado de la página 90. que es donde parece hablar de él, de una manera mas formal. Pues bien; allí leo el siguiente discurso: (2) "el sentido común afirma la existencia de una realidad; la ciencia objetiva prueba que esa realidad no puede ser lo que pensamos que es; la ciencia subjetiva prueba por qué no podemos pensarla como es; y en esa afirmación de una realidad, cuya naturaleza ó esencia íntima nos es absolutamente insondable, la Religión reconoce un principio esencialmente idéntico con el suyo. Queramos ó no, vémonos obligados á mirar todos los fenómenos como manifestaciones de un poder que actúa sobre nosotros." Mas este discurso es del todo vicioso. En él se afirma que existe una realidad admitida por la ciencia, si bien, dice el ló-

(1) Pág. 125, al comenzar el núm. 43.

(2) Lfu. 3.

igo positivista, la ciencia objetiva nos enseña que no upede ser lo que pensamos que es. La Religión también reconoce un principio esencialmente idéntico, dice, al que reconoce la ciencia, puesto que reconoce también una realidad, y esta es también incognoscible. (Bella prueba.) De aquí concluye: que la realidad admitida é incognoscible de la Religión, es la realidad admitida é incognoscible de la ciencia. Si yo pretendiera probar, que las enseñanzas de la filosofía spenceriana son las mismas que las de la filosofía escolástica, nadie desconocería lo ilegítimo de la prueba, si así la formulase: La filosofía spenceriana admite algo: es así, que la filosofía escolástica admite una cosa absolutamente idéntica, puesto que también admite algo: Luego ese algo admitido por la filosofía spenceriana es el mismo algo que admite la filosofía escolástica. Pues, el discurso de Spencer es tan disparatado como éste: porque de que la ciencia reconoce una realidad, y esta sea incognoscible, y de que la Religión admita igualmente una realidad también incognoscible, no se sigue la identidad de estas realidades, y por tanto, esa identidad debía ser probada por el lógico de la filosofía natural. Esto es precisamente lo que descuida por completo. Mas tan lejos está de probar tal identidad, que antes por el contrario, en muchos lugares de su obra, nos habla expresamente de la diferencia que existe entre esas realidades. Séanos prueba de esto todo el capítulo II de la primera parte, titulado: Últimas ideas de la Religión, y todo el capítulo III titulado: Últimas ideas de la ciencia. Al fin del capítulo II, concluye el escritor como resumen de todo lo que en él se ha dicho, que la potencia causa del Universo, es, para nosotros completamente incognoscible.» (1) Al fin del capítulo III, igualmente, como resumen de lo que en él se ha tratado, concluye así: Luego las ideas últimas de la Ciencia representan todas, realidades incom-

(1) Pág. 43, lín. últ.

prensibles. (1) Bien, estos modos de hablar son por sí clarísimos, y nos dan á conocer evidentemente el pensamiento del autor acerca de las realidades á que en estos distintos lugares se alude, y es, que la realidad de que se habla en el capítulo II, esto es, la realidad proclamada por la Religión, es absolutamente diversa de las realidades de que se habla en el capítulo III, que son las que la ciencia reconoce, pues allá se habla de realidad, es decir, una, y en el capítulo 30 se habla de realidades, es decir, muchas: y aun en el capítulo IV, dice, que no puede haber mas de una causa primera, y reconociendo la infinidad como atributo de esa causa primera única, dice: «que la hipótesis de que haya mas de un infinito, se destruye por sí misma.» (2)

Todos los discursos del capítulo II se versan acerca de la existencia é incognoscibilidad de la causa primera del Universo, independiente, y tan distinta de él, como el efecto lo es de su causa. En el capítulo III, se trata ya de otro género de cuestiones. Ya no se disputa sobre la causa infinita, absoluta é independiente; sino de la naturaleza del espacio, del tiempo, de la materia, del movimiento: es decir: no se trata de la causa del Universo, sino de las sustancias y fenómenos del Universo. Examina el crítico positivista varias hipótesis para dar la resolución de las cuestiones que se propone, y después de no hallarlas satisfactorias, concluye con las palabras que he referido. Luego, las realidades de que se habla en el capítulo III, ó sean las naturalezas de las sustancias ó fenómenos del Universo, son diversas de la realidad de que se habla en el capítulo II, que es la *causa causarum*, ese algo superior que dice Spencer que la Religión ha tenido la misión de revelar á los hombres. Luego, el decir, que nos vemos obligados á mirar todas las cosas como manifestaciones de lo incog-

(1) Pág. 60, princ. del núm. 21.

(2) Líns. 16 y 16 de la pág. 74.

noscible, y el seguir insistiendo en el mismo aserto en varios lugares que se siguen al de la página 90, al grado de hablar de él en la página 125, como de un principio ya sentado, es completamente malicioso, y demuestra el empeño que tiene el autor en infundir á toda costa su panteísmo.

Confírmase lo dicho: porque, si, según Spencer, es ilegítimo inferir del conocimiento de los modos y atributos de un objeto, conocidos directamente por la experiencia, el conocimiento de la naturaleza de ese objeto; sino que debe decirse con toda seguridad, que tal naturaleza es incognoscible, con mas razón lo es, aplicar á una cosa que ó debe decirse absolutamente incognoscible, ó sólo se tiene de ella una conciencia indefinida, como dice Spencer, de la realidad absoluta, (1) los atributos ó modos que deben convenirle, como son esas manifestaciones de que se trata. Y ¿qué deberemos juzgar de la maliciosa introducción del principio de que nos ocupamos, cuando en unas partes, como en el pasaje de la página 90, parece inculcarse simplemente la fusión ó identificación de las realidades incognoscibles, y en otras, como en el capítulo III de la segunda parte, se nos dice claramente, no ya que eso que se oculta tras las realidades que llama relativas, sea una misma cosa con la realidad absoluta incognoscible, sino que la misma realidad absoluta es un modo de lo incognoscible?

(2) Y las realidades relativas observadas, ¿no modos de las realidades que tras de ellas se ocultan, cuando estas, con ser el apoyo de las primeras, son apenas modos, de la realidad incognoscible? y ¿esta otra, de cual otra es modo? ¡Oh fábrica infinita de realidades y modos!

Mas, Sr. profesor, como quiera que, la fuerza ó poder incognoscible, esa fuerza incondicionada, es la realidad absoluta; y la realidad oculta tras la materia relativa la

(1) Pág. 141, lín. últ.

(2) Pág. 141, lín. últ.

llamais realidad absoluta y modo de lo incognoscible; y ese espacio, que oculto tras el espacio relativo, creéis que debería llamarse absoluto, y por eso preguntais si existe, aunque quizá con todo estudio contestais que eso no tiene respuesta; esa realidad, digo, oculta tras el espacio, es tambien modo de lo incognoscible: la realidad oculta tras el tiempo que deberá llamarse tambien absoluta, es tambien modo de lo incognoscible; pues del tiempo asegurais que debe discurrirse como del espacio; de la realidad oculta tras el movimiento, que según vos, implica los conceptos de espacio, tiempo y materia, deberá decirse lo mismo por análoga razón. Luego, según esto, hay muchas realidades absolutas, una, causa primera, y las demás modos de la primera y efectos suyos: ó si no hay mas que una realidad absoluta, ¿es ella, causa y efecto de sí misma? ¿es modo de sí misma? *Ergo ut antea.*

Después de hablar de la materia, pregunta el autor: «si tal es nuestro conocimiento de la realidad relativa [hablando de la materia] ¿qué diremos de la absoluta? Una sola cosa, responde, que es un modo de lo incognoscible, unido á la materia por la relación de causa á efecto.» (1) Al leer estas palabras, me recordaba de aquella graciosa respuesta que había oido muchas veces á los chicos de escuela, cuando alguno de ellos pegaba algún golpe á otro, este decía, no fuí yo, fué mi mano; ¿conque la causa de la materia es un modo de lo incognoscible? decid de una vez, claro, como debeis, que lo incognoscible es causa de la materia, y vos mismo nos habréis dado la doctrina de la creación, que tanto os repugna, tal como la profesan los ilusos escolásticos.

Que el profesor de la Filosofía Natural llame á la causa de la materia, un modo de lo incognoscible; mas, como quiera que ello sea, es evidente que Sir Spencer no se refiere á la causa de las modificaciones accidentales

(1) Pág. 146, lín. últ.

de la materia; (de los cuerpos diría un escolástico,) ni tampoco se refiere á la causa que determina á la materia para constituir cuerpos de tal ó tal naturaleza; sino que se refiere á la causa de la materia considerada en general en cuanto al sér real que le corresponde. Y así, la causa de la materia considerada bajo un concepto tan universal, no puede ser otra mas que la causa de su sér, es decir: la causa creadora.

A la verdad, cuando el positivista inglés reconoce la causa de la materia, tal como lo hemos notado, se conforma con lo que los escolásticos acaudillados por su Maestro, piensan también acerca de la creación de la materia. Y solo por esta conformidad, me permito citar aquí las palabras del Dr. de las escuelas: (1) «Hoc igitur quod est causa rerum, in quantum sunt entia, oportet esse causam rerum non solum secundum quod sunt talia per formas accidentales, nec secundum quod sunt hæc per formas substantiales, sed etiam secundum omne illud quod pertinet ad esse illorum quocumque modo.»

«En consecuencia, lo que es causa de las cosas por razón del sér que tienen, debe serlo, no solamente en cuanto á los cambios accidentales que sufren, ni solamente por razón de concretarse á determinada naturaleza; sino en cuanto á todo lo que pertenece al sér de las cosas de cualquiera manera.»

Si, pues, la aserción del defensor de la Filosofía natural, está de acuerdo con el discurso precedente del Dr. Angélico, no debe ser extraña al profesor positivista la conclusión que deduce el autor de la Suma Teológica, y es así: «Et sic oportet ponere etiam materiam primam creatam ab universalí causa entium.» «Es, pues, necesario concluir: que la materia, aun prescindiendo de toda modificación y determinación, ha sido creada por la causa universal de todas las cosas.»

Reasumamos todo lo dicho respecto de los principios

(1) 1ª part. Suma Teol. c. 44, art. 2º 0.

de la filosofía spenceriana.

En primer lugar: es absolutamente injustificable el procedimiento de Spencer, de establecer los juicios primordiales dotados de una certidumbre provisional, para fundar la de todos los juicios ulteriores. En segundo lugar: además de que un principio recibido de la autoridad, no puede ser de aquellos que sirven de base á la Filosofía; ni Spencer, ni ninguno de los demás profesores de la filosofía natural pueden tenerse por legítima autoridad para imponerse á las humanas mentes. No tienen, pues, derecho, solo por su autoridad de filósofos, para exigir nuestra adhesión al principio de la Persistencia de la fuerza. En tercer lugar: al exponer este principio nuestro filósofo se alista en el ateísmo, aunque no lo dice; por desgracia (para él) sus doctrinas le traicionan como siempre. En cuarto lugar: por el principio de la indestructibilidad de la materia, vuelve á ser eminentemente ateo y descarado materialista. En quinto lugar: por el principio de que todas las cosas son manifestaciones de lo incognoscible, es un excelente panteísta.

Concluyamos, que la definición de la filosofía spenceriana no es buena, y que aquellos puntos de donde es preciso tomar las doctrinas necesarias para exponer tal definición, y para precisar la naturaleza del sistema filosófico de Spencer, son un laberinto de contradicciones.

Permitidme hacer aquí una declaración. Me había determinado proponer como un ejemplo de la inconsecuencia, inconstancia y audacia del gran filósofo, la crítica que hace de las doctrinas sobre el origen del Universo; mas viendo que crecían mucho las proporciones del estudio que me propuse hacer, á fin de exponerlo delante de vosotros en la presente ocasión, prescindí con pesar de este intento. Y digo con pesar, porque si bien es cierto, que no se puede decir que se contradiga menos en este asunto, quizá pudiéramos decir que se contradice más. Le veríamos refutando los tres sistemas que allí examina, cuando el suyo es también uno de ellos,

y aun es realmente una monstruosa combinación de dos. ¡Qué refutación! mucho siento que me falte ahora el tiempo necesario para examinarla. Mas ved como concluye la cuestión sobre la naturaleza del Universo. (1) dice: «que es imposible considerar la causa primera como finita, que ha de ser infinita; (2) que la causa primera debe ser independiente, y que esto es una conclusión inevitable; en fin, concluye, que la causa primera debe ser absoluta é infinitamente perfecta, completa, total, omnipotente, superior á toda ley.» Preparémonos para la refutación de todas estas conclusiones. (3) «Si no temiéramos cansar inútilmente la paciencia del lector, fácil nos sería probar que los elementos de esos raciocinios, lo mismo que sus conclusiones, no son sino conceptos simbólicos del orden ilegítimo.» dice el terrible filósofo.

¿No es verdad que ya adivináis una excelente demostración? y le sería fácil darla; pero le detiene el temor de impacientar al lector: aun es todavía mas curioso lo que sigue inmediatamente: «Pero en vez de repetir la refutación emplearla anteriormente, vamos á seguir otro método.» Conque, según le hemos oído decir, todavía no prueba, pues le sería fácil; y al mismo tiempo supone que ya probó; pero que no ha de repetir la demostración dada, sino que va á seguir otro método. La primera vez que leí este pasage os confieso haberme impacientado, pero no por el motivo que teme el autor; sino precisamente por no haber encontrado ninguna demostración; mas después, cuantas veces lo volvía á leer, me reía de muy buena gana.

Concluyamos finalmente, que una filosofía que se contradice constantemente, una filosofía inconsecuente y temeraria, no puede ser la verdadera filosofía; ¡cuán lejos está de sustituir á una filosofía, cuyos principios son

(1) Pág. 37, lín. 2.

(2) Lín. 4.

(3) Lín. 32.

irrecusables por ser conocidos por la luz de la razón, cuya virtuosa lógica es proverbial, y por cuya constancia en sus dogmas, ha echado profundas raíces en las escuelas, llamándose por esto «Escolástica;» y que aun hoy día no cedería un paso en sus enseñanzas, ante la vociferación de los modernos filósofos. Mas esta inflexibilidad, no es la de un sistema refractario de la verdad, sería esta su más degradante nota; es, por el contrario, la inquebrantable rigidez de la verdad misma; pues es un hecho que ha permanecido inalterable ante los ataques de sus enemigos. ¡Gloria, pues, á esa escuela, que cuenta entre sus primeros doctores al filósofo de Estagira, y en la época de su más grande perfeccionamiento, al Angel de las escuelas, que arrancó con su privilegiado ingenio los secretos de la filosofía aristotélica, de que Alejandro el Grande se mostraba tan celoso en una carta familiar dirigida á su maestro; (1) é ilustró con luz inextinguible aquellos misterios que Aristóteles declaraba al hijo de Filipo haber quedado ocultos aun después de la publicación de sus libros de Metafísica! ¡Gloria al inmortal Dr. Sollano, primer Obispo de esta Diócesis, que como astro brillantísimo despidió de sí tan intensos fulgores por su ciencia y santidad, que no desaparecen aún de nuestro horizonte! ¡Gloria al grande Estagirita de nuestra escuela de León, cuyas enseñanzas tuve la dicha de oír, y cuyo espíritu vive en nuestro Seminario, para mantener con su soplo la existencia de esa llama sagrada, que veo con placer anima aún á nuestros escolares!

Seguid, jóvenes, cultivando esa filosofía que ha dado al mundo de las letras, los más grandes héroes del saber humano.

He dicho.

(1) Plutarco, vida de Alejandro.

DISCURSO

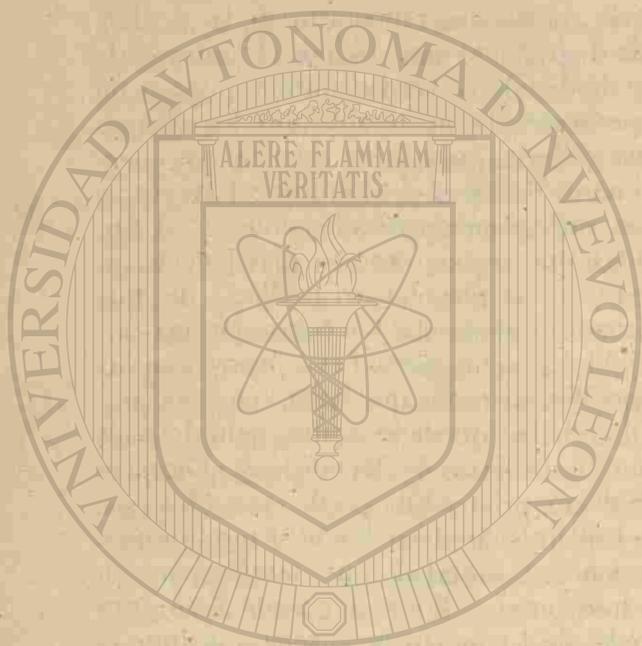
PRONUNCIADO POR SU AUTOR EL SR.

Pbro. *Angel Martínez,*

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS VERIFICADA EN EL

SEMINARIO CONCILIAR DE LEON,

EL 15 DE AGOSTO DE 1903.



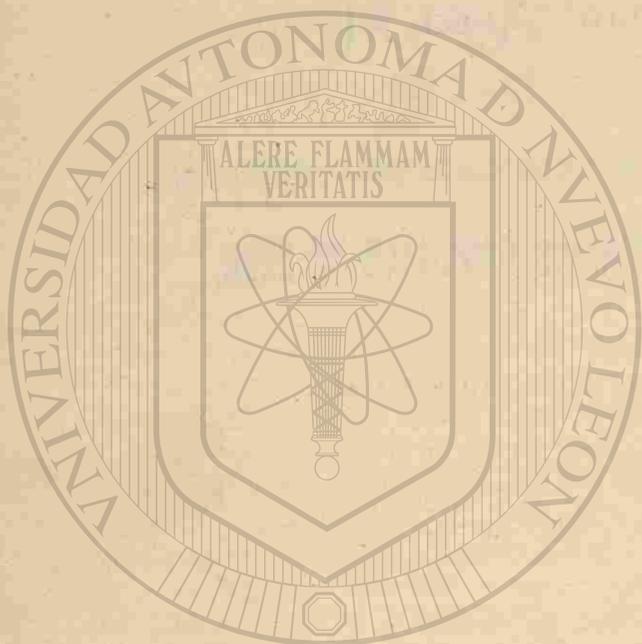
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON:

IMPRENTA DE L. LÓPEZ.

1903.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



ILMO. SEÑOR: (1)

Señores:

Desde el poeta romano que supuso á Dios forjado por las visiones terroríficas del miedo hasta los enciclopedistas pasados y de nuestros días, no ha habido seguramente, hombre de algun valer intelectual que, avasallado por la tiranía de las pasiones, no haya pretendido arrojar de sí, como fardo molesto, la idea de Dios, soberano moderador de la vida humana.

Cuando la mera tolerancia no autoriza el atrevimiento de negar al Ser Supremo la existencia, la generosidad del egoismo ¡quién lo creyera! le concede por piedad algunas celdas grises de la masa encefálica, para que duerma ahí tranquilamente el reposado sueño de los tiempos que fueron.

Pero cuando la Náutica, v. g., la Náutica, digo, el buzo de la ciencia, escudriña el seno de los mares: cuando la Ingeniería, el zapador de la ciencia, perfora por medio de aire comprimido las montañas: cuando la Electricidad, el mensajero de la ciencia, cruza en dos segundos la vasta amplitud del globo terrestre: cuando la Astronomía, el Argos de la ciencia, alcanza á divisar de una mirada las ocultas claridades del vacío; entonces, Señores, preciso es confesarlo, ni el marinero encuentra á Dios bajo la verde inmensidad de las líquidas llanuras, ni lo descubre el ingeniero tras el velo granítico de cerrados peñascales, ni lo halla en su camino la ardiente y subitánea centella del electricista, ni el astrónomo lo vislumbra á través del polvo argentado esparcido en el espacio por las nebulosas.

(1) El Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz.

Allá por las edades confinantes de la fábula, y más tarde, por las atrasadas centurias de escolásticos semi-civilizados, Dios era el Señor de las ciencias; hoy, ¡mudanza notable de las cosas sublunares! las ciencias no lo quieren ya, tan siquiera para esclavo.

A principios de la era cristiana, turbas casi infinitas de gente odiosa y fanatizada ofrecieron el cuello al verdugo y al Cristo imperante su sangre; ahora, todas las ciencias, con el cetro en la mano, efectuando un cambio de frente, lanzan al Dios destronado el apóstrofe triunfal del abogado de la fe á la institución espirante: "somos de ayer, le dicen, y llenamos ya toda la extensión de vuestros dominios; las ciudades, fortalezas y colonias; vuestras campiñas, tribus y decurias; el palacio, el senado y el foro únicamente os dejamos vuestros templos."!

Yo no intento, Señores, descender á la liza para reconquistar palmo á palmo, de ciencia por ciencia, los sagrados derechos de Dios al solio usurpado. Dadas las circunstancias excepcionales del momento, sería esta empresa tan grande por una parte como inútil por otra.

Mis propósitos son más modestos y realizables.

Bien sabido es que nuestros adversarios concentran el poder de sus armas en el moderno campo del "transformismo," y desde allí disputan con calor y osadía las posesiones divinas en los varios ramos del saber, especialmente aquellas, entre otras muchas, que se relacionan con la Antropología y la Lingüística.

Pues bien, Señores, no rehusó luchar con ellos en ese campo, asiento decididamente contra él mis reales, y sin mas táctica que mis creencias, ni otro escudo que la razón, me propongo sustentar el tema siguiente:

La teoría de la evolución aplicada al lenguaje en el sentido explicado por los transformistas anti-científico.

* *
*

A vuelta de mil opiniones diversas, contrarias y aun disparadas, los partidarios de la evolución, disidentes sólo respecto á la manera de aplicar su sistema al desarrollo de las lenguas, convienen sobre el particular en

este punto que, por lo indiscutible y respetado, parece ser el dogma fundamental del transformismo: el grito del hombre salvaje extraviado en las espesuras de la selva, puede positivamente designarse como el primer paso en la formación de los idiomas. (1)

Yo os encarezco, Señores, la atenta lectura de Rousseau, Darwin, Spencer, Herbart, Haeckel, Romanes, Klein y Hermann Paul, y en seguida os ruego me digais si me he apartado un ápice tan solo de la verdadera exposición de sus doctrinas.

Escuchad, entre tanto, de qué modo los resume Ribot, (2) conspicuo (?) antropólogo y escritor nada sospechoso en la materia: aunque todos los autores no estén completamente de acuerdo acerca de la teoría evolucionista del lenguaje, la generalidad con algunas excepciones, ó hablando con exactitud, la gran mayoría de ellos, admiten tres periodos: el grito, la vocalización, la articulación.

El grito es el hecho primordial, el lenguaje animal puro, simple aspiración vocal sin articulación. Se aduce como razonado comprobante de este aserto que, si los animales no hablan, depende de la imperfección de su organo auditivo, (?) y de la falta de relación entre las imágenes acústicas y los movimientos musculares que producen el sonido; pero la causa de su afasia debe buscarse principalmente en su débil desarrollo cerebral, y esto se aplica al hombre primitivo.

La vocalización, ó sea la emisión de las solas vocales, no contiene todavía los elementos esenciales de la palabra. Sucede, en el niño, al período del grito simple; y como es admitido que el desenvolvimiento del individuo permite suponer el de la especie, y, además, que muchas lenguas ó idiomas antiguos, y como tales próximos á sus orígenes, son muy ricos en vocales, se ha deducido de ello

(1) As monkeys certainly understand much that is said to them by man, and as in a state of nature, they utter signal-cries of danger, it does not appear altogether incredible, that some unusually wise apelike animal should have thought of imitating the growl of a beast of prey, so as to indicate to his fellow-monkeys the nature of the expected danger. And this would have been a first step in the formation of a language. (Darwin The Descent of Man.) Esto que para el padre del transformismo era probable, andando el tiempo, se elevó á la categoría de verdad para sus secueces, según se verá adelante.

(2) La evoluc. de las ideas gen. p. 72.

la existencia de un período más ó menos largo, intermedio entre el del grito y el de la articulación.

Por último, las emisiones vocales no se apoyaron con el transcurso de los tiempos (1) sino en las consonantes de primera formación, lo cual indica que á la época de las vocales siguió la de las articulaciones, firmes elementos del discurso. (2)

El grito, la vocalización, la articulación.

¿Cuáles son los principios generadores de este sistema? ¿Cuáles los fundamentos que le sirven de sillares incommovibles? ¿Dónde están las premisas de las cuales con rectitud inflexible se llegue á esas conclusiones? ¿Arrancan del seno de la naturaleza en cuyo fondo subsisten juntamente con la esencia? ¡Mentira, Señores! La naturaleza se yergue protestativa contra gradaciones imposibles como la que nos ocupa.

Imposibles, repito, aun según los mismos transformistas, porque, en toda la serie de organismos estudiados por el hombre, no es posible citar ningun caso de haberse cambiado una especie en otra, y la evolución habría saltado con evidente transgresión de sus leyes del lenguaje animal á la palabra humana, encadenando los extremos eslabones de dos especies distintas, (3) por medio de un anillo infinito.

¿Cuáles son, pues, volveremos á preguntar, las razones filosóficas de ese sistema?

Yo he tratado de indagar las causas últimas de su ser, medir el alcance trascendental de sus consecuencias, y darme razón satisfactoria del secreto mecanis-

(1) Es muy comun entre los transformistas suponer tiempos de extensión inconcebible para que la facultad de los signos articulados, suficientemente desenvuelta, haya comenzado á hacer desaparecer sistemas más primitivos y naturales. (Romanes. Mental Evolution in man, pag. 377.) La estadística moderna fija en unos cinco ó seis mil años la existencia del género humano sobre la tierra. (Fraa de Bruno, profesor de la Universidad de Turin) ¿Donde, pues, colocar esos millares de siglos que preceden y siguen á los periodos indicados?

□(2) Otros autores admiten además el periodo de las raíces [monosilabismo]; el de la yuxtaposición [polisintetismo], y finalmente el del ANALISIS. Locke, Adam Smith y Dugald Stewart.

[3] La voz animal es, en efecto, un carácter ESPECIFICO; el lenguaje humano á lo sumo un carácter de raza. Cada especie animal tiene su voz propia, que no la confunde con la de otra especie análoga. [Quatrefages]. La voz animal sólo puede experimentar variaciones insignificantes; pero no desaparecer, ni modificarse por completo como el lenguaje humano. El perro jamás trocará su ladrido por el relincho del caballo. El animal no pasa mas allá de la voz peculiar á su especie; ni siquiera consigue asimilares un reclamo para una determinada persona. [O. Peschel].

mo de su estructura; he remontado trabajosamente á las fuentes de su derivación; las he examinado sin pasión en sí propias; he rastreado empeñoso sus antecedentes históricos, y cincuenta años atrás, ¡oh progreso! he encontrado al fin, sepulada bajo los polvorientos pergaminos de nuestras bibliotecas, la hipótesis de un filólogo cristiano sobre los contornos de la cual se había calcado modestamente el flamante sistema del Darwinismo referente á la constitución original del lenguaje.

Para completar la identidad, cúpleme solamente advertir que media la presente diferencia. El lingüista católico decía: el primer lenguaje debió ser vocal. Sin otro recurso que la vocal el hombre se elevó hasta Dios, y con simples vocales compuso el nombre del Ser Supremo, el nombre sagrado de *Ieova*, contemporáneo del primer grito que representó al pensamiento humano.—Pues bien, sustituid al nombre incomunicable de Dios el puro grito animal, y habreis reducido á breve fórmula la sustancia de la nueva hipótesis.

No hallando el salvaje, afirman de consuno Rodríguez y Albert Wolf, (1) la válvula del verbo para dar salida á las ideas aprisionadas, prorrumpe con grandes esfuerzos en gritos plañideros, teniendo cuidado de imitar los múltiples ruidos de la naturaleza que á su tímpano repercutian: aquí el *verbum erat verbum*, aquí la ciencia señala con mano firme el génesis de todas las lenguas.

Hijo amante de la verdad, soy también discípulo entusiasta de la sabiduría, y si la ciencia ostenta con absoluta certidumbre los caracteres divinos de la verdad en el sistema del transformismo, mi resolución está tomada, Señores, yo soy transformista. Con el fervor juvenil de un iniciado penetro al templo secular de nuestra vieja amiga la naturaleza; con mis rodillas invencibles deblegadas en tierra me anonado ante el Dios de Rousseau, de Darwin y Spencer; con mi cabeza rendida sobre el pecho acepto sumiso los adorables misterios de su culto, la afirmación luminosa de sus dogmas y la sublime revelación de sus oráculos; trabajo de

(1) La fuente del idioma español. Edición de 1900. París. Prologo, V.

conformidad con las investigaciones perseverantes de sus sabios; me abismo sin conciencia del mundo exterior en las meditaciones de sus filósofos, y con el oído puesto en las edades de la prehistoria alcanzo á percibir el eco de los gritos, tenues ya, pero todavía muy claros del animal, confundidos con los primeros imitativos del *homo simius*; oigo menos debilitada y remisa la vocalización del antropoide, por casi tocar á la altura de la que emite el salvaje, y escucho cada vez más vigorosos y cercanos los sonidos de la articulación, al otro lado de la existencia de la palabra, por estar ya el hombre enteramente constituido.

Desde entonces, Señores, elevado el antropoide á ser inteligente y el grito á lenguaje humano, lenguaje y hombre son dos peregrinos que atraviesan enlazadas las manos la extensión del tiempo y del espacio, se abrigan bajo la misma techumbre y caen heridos de muerte sobre el mismo sepulcro; son dos rocas inclinadas al mismo mar, combatidas por iguales tormentas y silenciosas espectadoras de los días de bonanza.

El lenguaje es la sombra viviente de la criatura racional; el libro siempre elocuente de la humanidad, en el cual se han escrito todas las fases de su maravilloso desenvolvimiento; libro monumental donde se encierran los primeros vagidos del humano linaje; el primer interumpido silabeo de nuestra especie, la primera palabra que hizo estremecer otro nuevo mundo en el caos.

En él se graban los ayes desgarradores del dolor; la expresión enloquecida de la alegría, la espléndida manifestación de los secretos, y el relato secular, seguido paso á paso, de los actos psíquicos del hombre en todas las esferas de su actividad. Descubrid vuestra frente, Señores, ante la presencia milagrosa de este libro. Saludad en él al viajero que se meció en la cuna de la raza de Adán. Abrazad al amigo que compartió con él la caverna del oso de las selvas, la chosa pajiza del *homo alalus* y el palacio encantado del *homo sapiens*, del cultísimo socio de las academias. Venerad en ese libro al severo historiador que archiva vuestros recuerdos, consigna vuestros descubrimientos, registra vuestras victorias, y á la hora presente, delante de millares de pá-

ginas en blanco, iluminado por las ráfagas brillantes del sol de sus destinos, aguarda ansioso transmitir á las generaciones venideras los fragmentos fonéticos del pensamiento, las estrofas gloriosas del himno final de la evolución cantado en honra de ella por los redimidos que, elevados sucesivamente de monos á salvajes, á hombres civilizados y semidioses, se convertirán al cabo en materia pensante, inacabable, todopoderosa; materia que hablando la lengua de los inmortales reinará sobre todos los mundos con la eternidad del átomo, sobre el mismo Dios de los cristianos que, á causa de ser invisible, queda desde hoy relegado al país de las quimeras.

¡Ah, Señores! yo soñaría indefinidamente los sueños de oro del progreso; yo me extasiaría sin cansancio en los éxtasis perennes de tan bellas creaciones, si la mano brutal de la realidad no me arrancara con bruscos sacudimientos del pesado sopor de los cuerpos y arrojara lejos de mí el kaleidoscopio matizado de seductoras y sacrilegas mentiras.

Mirad, me dice, mostrando á mis ojos asombrados su majestuosa figura: en los mares siempre agitados de la lingüística descuellan por su construcción ciclopea dos hechos, contra cuya inmovilidad, como sobre las dos columnas de Hércules, viene á estrellarse la doctrina de la evolución, y más allá de los cuales no le es dable pasar, sino como deseriado engendro de cerebro enfermo, ó como delirio agudo de entendimientos perturbados.

Si nuestro lenguaje trae la profundidad de sus raíces del puro grito animal; si despliega su pompa y lozanía con las mejoras continuas del adelanto, y en fuerza del movimiento evolutivo encumbra á lo sumo de la bondad y excelencia; la lengua de las naciones más cultas ha de ser, según el transformismo, la más cabal en su género, y la de tribus nómades, perpetuamente estacionarias, entre las vivas corrientes de la inteligencia, la más rudimentaria. Tal es á lo menos la consecuencia lógica de la teoría de la descendencia; ¿pero será también idéntica la deducción científica en todo el rigor y propiedad de los términos?—Vémoslo.

Pueblos civilizados han sido sin duda los latinos, los

griegos, los arjos y los hebreos.—¿Qué ha sucedido con su lenguaje?—El de César tocó á su perfección y murió; el de Homero alcanzó la suya y dejó de ser; el Sánskrit llegó á su apogeo en el Indostán y ya no vive; el de los hijos de Abraham rayó á las alturas del primitivo y ya no es.—¿Porqué sucumbieron irremediamente? ¿porqué nó los arrastró el progreso indefinido á las cimas de la inmortalidad?

Hervás, vastísimo genio poliglota, comparó trescientas lenguas, y como resultado de su labor inmensa dejó vertida esta frase célebre que ha de pasar á ser aforística: “Los idiomas que se creen ó se llaman más eruditos, son los más confusos, irregulares y variables.” (1) Max Müller, otro de los patriarcas de la lingüística moderna, recogió como fruto sazonado de sus estudios filológicos la convicción íntima expresada por esta enérgica sentencia: “Las lenguas de los pueblos más civilizados son las más corrompidas.” (2).

De aquí se deduce correctamente que no son las más cultas.

Luego el primer miembro de la conclusión darwinista es falso, y, el segundo, estrechamente enlazado con aquel, es un desastre. He aquí las pruebas.—¿Queréis hacerme el honor de indicarme qué pueblos han merecido á la historia el concepto de bárbaros?—Pues bien, de los innumerables que me presentais, considerados como tales, escojo los más degradados, y así arguyo: ¿Porqué Peschel demuestra con datos irrefutables que los bosquimanos poseen en su tradición oral una rica literatura de leyendas religiosas? ¿Y Huber reprocha á Hæckel su desconocimiento de la lingüística, en razón de haber pretendido éste que los dialectos de los papúas de la Polinesia no se elevan por encima del ínfimo grado de desenvolvimiento? ¿Porqué M. Haug resuelve incontrovertiblemente que el idioma de los *koikoin*, ó sea de los hotentotes, ofrece un desarrollo muy elevado, de suerte que por ello debe reconocerseles una posi-

(1) Hist. de la vida del hombre VI. 2, c. V.

(2) cfr. M. Müller I. 272.

ción muy ventajosa en el número de los pueblos semi-civilizados?

Ha sido tan eficaz la propaganda del transformismo entre nosotros que con dificultad se aceptan, aun por los católicos, hechos que la experiencia cotidiana pone fuera de duda. I sin embargo de esto es así. Si nó decidme ¿de dónde tomaron los pobres pescadores de las islas Aleutinas su filosófica y riquísima habla que rivaliza y vence, conforme al sentir de la verdadera ciencia, á la de pueblos muy cultos? ¿Cómo han podido formar las hordas de muchos valles americanos sistemas de lenguas que superan con mucho al Griego y al Latin, al Egipcio y al Hebreo, lenguaje de pueblos entre los civilizados los más notables que conocemos? ¿Porqué las lenguas de las antiguas naciones que bulleron en los asombrosos imperios de Asia, Egipto y Roma, son más vulgares y más pobres que la de los míseros esquimales, la de los samoyedos y la de los caseros del Pireneo (1)?.....¿Me replicáis que eso está muy lejos de ser admitido por la ciencia?—Señores, yo consiento y aun exijo al auditorio que me rodea, tan grande y tan selecto como es, que arroje á mi rostro, en plena luz del medio día, á mí, sacerdote católico, el más solemne mentís, en caso de no ser exacto que los avances hasta ahora enumerados son los postrimeros de la lingüística en el campo del saber.

Por tanto, la corrupción de las lenguas civilizadas y la perfección de las que hablan los hombres en estado de barbarie forman las dos barreras del todo insuperables, ó las horcas caudinas y el Rubicón que jamás podrá salvar el transformismo, sin despojarse de su nota de científico ó sin darse á sí propio la muerte.

¿No es cierta entónces la elevación gradual de los idiomas novolatinos, v. g. el español, el francés, el italiano, el portugués y el valaco? ¿no está fresco todavía, en los anales literarios, el nombre de las eminencias creadoras y conservadoras á cuyo calor vivificante nacieron y á cuyos excelsos pechos se amamantaron? ¿no

(1) J. Cej. y Frauca. El lenguaje. cap. I. pág. 18.

es signo distintivo de individuos y colectividades ajustarse á las leyes ineludibles de todo organismo animado que progresa sin cesar desde que saluda con alborozo los rayos de luz hasta que los encuentra gimiendo para despedirse eternamente de ellos?—Si, Sres., el sistema evolucionista es verdadero en épocas determinadas de la historia; es enteramente falso en el conjunto universal de las edades.

Seré brevísimo al explicarme.

Aquí teneis una tribu cualquiera de las que antes hacíamos mérito, dispuesta á arrojar de su frente el estigma vergonzoso de bárbara. De acuerdo con mis propósitos ella aplica desde luego su actividad mental al esmerado cultivo de su lengua; establece con firmeza y cordura los fundamentos principales de bien hablar; promulga con su Gramática los cánones que han de regirla; con el Léxico el riquísimo depósito de sus vocablos; con la Morfología las particulas significativas de sus palabras; con la Sintaxis su arquitectura oracional y con la Retórica la figura y el tropo. El dialecto ha sido perfectamente evolucionado. ¿Estará ansioso de adelantar más?—Suponedlo todavía—¿Llegará á la altura no soñada jamás por ninguno?—La fuente de la hipótesis es inagotable—¿Y después?—Después, tiene que morir y morirá, ó á lo menos, quedará en estado de putrefacción—¿Porqué?—Ha partido de la degeneración y debe parar en la corrupción. Ya el Maestro divino lo había indicado: quién siembra vientos cosechará tempestades.

—¿De qué modo, pues, justificar la preferencia lingüística de pueblos bárbaros sobre pueblos civilizados?—Para nosotros no es un misterio; los dialectos hablados sobre el haz de la tierra son colores de luz descompuesta por la interposición del prisma de la soberbia, en la torre de Babel levantada en las fértiles planicies de Senaar. Si los bárbaros llevaron colores más semejantes á la luz blanca, quiero decir, dialectos más afines á la lengua primitiva, no los inventaron, los recibieron por herencia. A unos pueblos tocó en suerte lotes opulentos; á otros fajas de territorio menos privilegiado; aquellos recibieron poca luz solar en su os-

cura patria, mientras que á muchos de estos llegó más pura la luz de la palabra derramada al principio sobre la humanidad.

Desechad la solución ofrecida por la doctrina católica y os vereis obligados á devorar errores groseros y aberraciones monstruosas.

El Apóstol de los gentiles ha pronunciado una gran palabra altamente sintética y expresiva como todo lo divino, que se presenta á mis recuerdos con tenacidad irresistible para dispensarme de reproducirla: “el conocimiento ó la fé proviene del oír y el oír depende de la predicación de la palabra de J. Cristo.” Entre el conocimiento y el oído, y éste y la palabra existe tan estrecha lazada que, generalmente hablando, la falta de órgano auditivo en niños de poca edad (4 ó 5 años), dotados por otra parte de la facultad de hablar, determina sin excepción el hecho tristísimo de la sordomudez. (10)

Hundid, Señores, el escalpelo del análisis hasta tocar las fibras íntimas de este fenómeno psicológico; recorred las regiones inexploradas de su esencia, durante seis millares de años; sacad á la luz de la evidencia sus entrañas palpitantes para leer en ellas los futuros escondidos á sagacidad del sabio,—¿Qué encontrareis?—Nacido el sordo-mudo al abrigo del hogar doméstico, habituado á la serena contemplación de los seres creados, á la observación no interrumpida de los usos y costumbres sociales, de las prescripciones del culto, de los ministros de ceremonias religiosas, de los monumentos eternos del arte, de todo en fin lo que nos rodea, me permito preguntaros: ¿Llevará en su mente ese hombre ideas universales, conocimientos de la belleza, noticias de la religión, nociones siquiera de la civilidad y el deber?—Nada de eso, Señores.—Su cuerpo es el sepulcro de su alma; su cerebro no aloja ni una idea, ni su corazón se enciende por la adquisición de alguna virtud; en el abismo de su espíritu no se ha tirado la línea divisoria de la luz y las tinieblas y brilla el juicio, no se discierne la razón de la sinrazón y esplende la inteli-

(1) Carrera y Sánchiz. Ciencias médicas.

gencia, no se distingue lo bueno de lo malo y aparece dulcemente severa la noción moral. Preguntados los mismos sordo-mudos acerca del particular convienen unánimemente en dar esa respuesta, y consultados los oráculos de la ciencia médica no saben formular otra contestación. (1)

Haced bajar empero el lenguaje disfrazado de signo al esteril reinado de la sordomudez, y presto vereis tornarse desiertos aridísimos en florecientes jardines tropicales; haced que las manos del sordo-mudo palpén siquiera la palabra trazada por la escritura, y el punzon ó la pluma será para vosotros la vara del taumaturgo que hace brotar de compactas rocas torrentes de agua viva; trasmitid, en fin, de vuestros labios á los suyos inmóviles la onda vibrante del habla oral, y el imperio medroso del silencio se poblará de sonidos, ingratos es verdad y desapacibles por falta de timbre; pero armoniosos y deleitables al ser inteligente, por venir á ser como los triunfantes aleluyas de la resurrección de un alma. Ausente la palabra, todo es desierto, muerte y soledad; presente ella, las arenas se fertilizan, las piedras se convierten en manantiales de fecundidad, y las ideas, á la percusión del verbo, despiertan de su adormecimiento, como notas que vuelan pletóricas de melodía, heridas las cuerdas de una arpa abandonada.

El abismo de la sordomudez no entiende, ni piensa, ni responde, sino cuando llegan á excitarlo el gesto, el signo, ó la sonora undulación de la palabra.

Lo mismo que con el sordo-mudo, ha pasado con el primer ejemplar de nuestra raza.

La palabra preside á todas las obras de la creación. *Dijo Dios: fiat lux* (2) y la luz asoma su cabeza coronada de resplandores. *Dijo también Dios: fiat firmamentum* [3] y el firmamento se extiende sobre la superficie de las aguas. *Dixit quoque Deus: congregentur aquae*, . . . (4) y las aguas se juntan en las partes bajas de la tierra. *Et*

(1) José de Letamendi. Dicc. Enciclopédico. 1893. art. sordomudez.

(2) Gén. c. I. v. 6.

[3] " " " 9.

(4) " " " 11.

ait Deus: germinet terra herbam virentem, . . . (1) y la parte seca de la tierra se cubre de vegetales inferiores. *Dixit autem Deus: fiant luminaria magna*, . . . (2) y los discos del sol y de la luna quedan visibles. *Dixit etiam Deus: producant aquae reptile*, . . . (3) y salen del seno del agua los peces, animales terrestres y alados. *Dixit quoque Deus: producat terra animam viventem*, . . . (4) y al momento aparecen los grandes mamíferos.

Todo lo creado está presidido por la palabra divina. El universo está henchido de ella, y, si nada hay sin voz en la naturaleza, es porque todos los seres la han sacado del Verbo eterno.

Et ait Deus: faciamus hominem. (5) A la formación del hombre precede también la prolación de la palabra; pero la frase empleada por Dios en este caso advierte que la criatura que vá á recibir el ser es la única que puede obrar con inteligencia y consejo, es decir, que en las demás creaciones la voz es la expresión del querer divino, en el ente racional expresión también de la inteligencia; en aquellos el lenguaje es natural; en este, además de eso, es intencional y lleno de sentido.

Pero como á pesar de esto, el hombre, según lo demostrado, no piensa, ni habla, sino después que ha oído hablar; y por otra parte, sabemos que las generaciones humanas vienen á parar en Dios que es su Creador, "se sigue de aquí que el primer movimiento de la palabra y del pensamiento remonta hasta el primer momento de la creación, y que ha sido dado al hombre que nada poseía, por aquel que lo poseía todo y quería comunicárselo. Una vez impreso este movimiento ha empezado la vida intelectual para el género humano, y ya no vuelto á detenerse. La palabra divina, immortalizada en los labios del hombre, ha corrido como un río caudaloso, y se ha dividido después en mil arroyuelos, á través de las vicisitudes que ha padecido nuestra especie." [6]

(1) Gén. c. I. v. 11.

[2] " " " 14.

[3] " " " 20.

(4) " " " 24.

(5) " " " 25.

(6) Lacordaire. Edición de Garnier. Hnos. Paris. 1854.

Termino, Sres, mi discurso, con la reproducción de un pasaje histórico.—Fué el Panteón en la antigüedad el templo consagrado por el primer emperador romano á todos los dioses. Hoy es el único templo que tenemos de aquella época remotísima y conocemos con el nombre de Sta. María la *Rotonda*.

Un gran adversario de la fé [Gibbon], al referir estos hechos dice ignorar el cúmulo de circunstancias afortunadas que produjeron la conservación del Panteon hasta el dia en que un Sumo Pontífice lo consagró á *Todos los Santos*. El lo ignoraba, en efecto, agrega De Maistre, pero nosotros ¿cómo nó saberlo?

La capital del paganismo estaba destinada á serlo del cristianismo, y el templo que en ella concentraba las fuerzas todas de la idolatría, había de reunir á las lumbreras todas de la fé. ¡*Todos los Santos* en lugar de *Todos los Dioses*! ¡inagotable tema de profundas meditaciones filosóficas y religiosas! El nombre de Dios ¿quién lo duda? es exclusivo é incommunicable; sin embargo de esto, existen muchos dioses en el cielo y en la tierra; hay inteligencias más excelsas, hombres divinizados. Los *Dioses* del cristianismo son los santos, y alrededor de *Dios* congrénganse *Todos los Dioses* para servirle en el sitio y en el orden que les están señalados.

¡Maravilloso espectáculo, digno de Aquel que lo ha dispuesto y únicamente hecho para aquellos que saben comprenderlo!

Pedro con sus simbólicas llaves, deja muy atrás las del antiguo Jano. El Dios de la iniquidad, Pluto, cede el paso al más grande entre los Taumaturgos, al humilde Francisco, cuyo ascendiente inaudito creó la pobreza voluntaria, á fin de formar contrapeso á los delitos de la opulencia. En vez del fabuloso conquistador de la India, ved al portentoso Javier que en realidad la hizo suya. Juan de Dios, Juan de Mata, Vicente de Paul, (sean por siempre benditos) recibirán el incienso que humeaba en honor del homicida Marte, de la vengativa Juno. La Virgen Inmaculada, la creatura excelsa entre todas, en la esfera de la gracia y de la santidad, la divina María, asciende al altar de la

Venus Pandémica. El Cristo penetra en el Panteon seguido de sus evangelistas, de sus apóstoles y confesores, como entra un monarca triunfador, á la cabeza de los grandes de su imperio, en la capital de su enemigo vencido y subyugado. (1)

Y allí reina sobre Neptuno, el Dios de los mares y de la agricultura italiana, sobre la esposa y hermana de Jupiter, sobre el Señor mitológico del trueno y del rayo. Reina sobre Hermes y Minerva, divinidades de la elocuencia y la sabiduría, como ahora, á juicio de Edison, nuestro Dios es el Rey de la Mecánica; á decir de Ampère, el Rey de la Electricidad; en opinión de Secchi, Dueño absoluto de las fuerzas físicas, y Rey universal de los corazones, según lo proclamaba Napoleón devorado por las rocas de la isla de Sta. Elena, y lo experimenta el cristiano devorado por una chispa desprendida de la hoguera inextinguible de su amor. Dios es la interjección inmensa, concluye Nodier, que abarca todos los sentimientos y comprende todas las ideas. Sustantivo sin artículo que el respetuoso pudor del lenguaje no osó someter á la ley comun de los sustantivos, porque en el sustantivo Dios conoció un poder y un misterio. Dios es el rey de la palabra! Sí, Señores; ó Dios es la soberana de las palabras formadas en la serie gradual de las voces, ó toda la lingüística es falsa.

DIJE.



004790

[1] De Maistre. Veladas de S. Petersburgo.



Fuente y Río, Luz y Sol,

HOMILIA

*Predicada en la Iglesia Catedral de León el día 2 de Julio de 1903,
en la fiesta anual conmemorativa de la llegada*

— DE LA —

Madre Sma. de la Luz

— A LA CIUDAD, —

y escrita por Gabino Chávez, Pbro.

U A N L

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS.

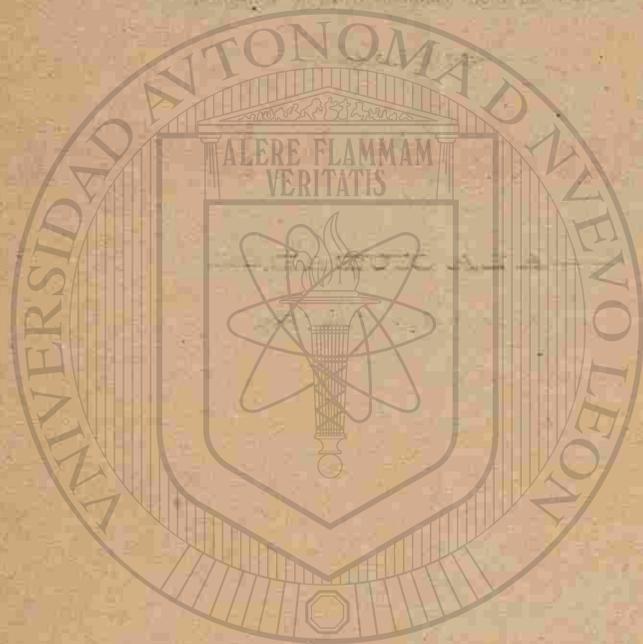
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEÓN.—1903.

Imprenta Guadalupana de Camilo Segura.

ALIIIMOH



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

FUENTE Y RIO.

HOMILIA.



Parvus fons qui crevit in fluvium, et in lucem solemque conversus est, et in aquas plurimas redundavit, Esther est, quam Rex accepit uxorem, et voluit esse Reginam.—*Esth. X. 6.*

Érase una fuente pequeña que erigió hasta hacerse un río, y convitióse en luz y sol, y redundó en muchas aguas, y esta es Esther, á quien tomó el Rey por esposa y quiso que fuese Reina.—*Libro de Esther, cap. X. v. 6.*

Ilmo. Señor, Venerable Cabildo, Católicos:



PERMITID que en este día, en el que gozosamente se conmemora el advenimiento de la Imagen de la Madre Sma. de la Luz á esta ciudad, recordándose las maravillosas peripecias de la elección que hizo de este lugar, de su llegada é instalación: permitidme, digo, que no me ocupe en esta vez de narrar tan gloriosos sucesos, que mil veces repetidos en esta sagrada Cátedra, é impresos en la memoria de los fieles á quienes sus padres vienen anunciándoselos: "*Patres nostri annuntiaverunt nobis.*" [1] no necesitan de serles recordados. Hoy que los herejes, viviendo entre nosotros, imbuyen en las escuelas á la niñez en sus errores, conviene estudiar más á fondo las doctrinas que profesamos, puesto que con ellas deben ir de acuerdo las prácticas de piedad y las observancias del culto.

[1] Psalm. XLIII. 2.

Refiere la Sagrada Escritura, que aquel noble protector y como padre de la joven Edisa, (1) hebrea de nación, tuvo un sueño misterioso, cuya plena significación no pudo penetrar hasta que los sucesos vinieron á aclararlo. "Recordé, dice, un sueño que había visto, y que indicaba estos mismos sucesos." *Recordatus sum somnii quod videram haec eadem significantis.* (Esth. X. 5.) Erase una fuente pequeña que fué creciendo hasta hacerse un río, y luego convirtiéndose en luz y en sol; y esta es Esther á quien el Rey tomó por esposa y quiso que fuese Reina; *Parvus fons qui crevit in fluvium etc.* Parece extraño, y hasta cierto punto absurdo, cristianos, que una fuente se trueque en luz y un río se convierta en sol, pues la fuente y el río corren sobre la tierra, y el sol y la luz moran en las insondables alturas del espacio; mas es de advertir que se trata de un sueño, y en los sueños son frecuentes estos cambios extraños é imposibles. Por otra parte, es de notar que la sagrada Escritura, junta á veces las aguas con la luz, como cuando dice á Dios, el Santo Rey David: "En tí Señor, está la fuente de la vida y en la luz tuya hemos de ver la luz;" [2] y cuando en el Apocalipsis se describe por un río la luz del paraíso: *Et ostendit mihi fluvium aquae vitae splendidum tanquam chrystum,* (3) donde el río que procedía de la sede del Señor se nos muestra espléndido y luminoso.

Mas ¿qué aplicación tiene aquí el sueño profético de Mardoqueo? Para responder, católicos, basta decir lo que él añadió: *-Esther est.* Esta es Esther; es decir, ella es el río crecido de la fuente, ella es la luz y el sol en que el río se trocó. *-Esther est.* Pero ¿quién ignora aun entre los simples fieles, que la Reina Esther es una de las más hermosas y vivas figuras de la Madre de Dios? Así, podemos decir de la pequeña fuente, que creció en un río y se convirtió en luz y en sol y redundó en muchas aguas: *-María est.* Esta es María; esta es la Virgen inmaculada; esta es la Madre Santísima de la Luz!

Pidámosle un rayo de la luz que derrama, para poder penetrar los misterios de este título admirable, saludándola con el angel de luz: AVE MARIA.

I.

Que la Reina Esther sea una gran figura de la Virgen María, lo testifican á cada paso los Padres y doctores. Oigamos algunos de

- (1) Vease la nota A.
- (2) Psalm. XXXV. 10.
- (3) Apoc. XXII. 1.

sus testimonios; "Nuestra bella Esther, dice San Buenaventura, ha impetrado tanta gracia del Rey eterno, que por ella no sólo llegó á ceñir la corona, sino que también hubo de socorrer al género humano condenado á la muerte;" [1] y San Bernardino de Sená dice: "La Reina Esther hácia la cual el Rey saltó de su solio sustentándola en sus brazos, es María á la cual bajó el Verbo de su trono para sustentarla en los suyos;" [2] De Esther se dice que el Rey la amó mas que á todas las mujeres; (3) y á María no la ama el Señor más que á todos los ángeles y santos? De Esther se lee que era hermosa en gran manera, de increíble belleza, y graciosa y amable á todas las miradas. (4) ¿y quién más hermosa y graciosa que María, que halló gracia delante del Señor, y quién mas amable á los hombres que la aman como á Madre y aun á los ángeles á la cual "desean estar mirando" (5) como á Jesucristo su Hijo? Esther, del triclinio fué llevada á la cámara del Rey Asuero [6] y María no fué llevada en su gloriosa Asunción, del seno de la Iglesia militante, acompañada del ejército de los Angeles al palacio del Rey eterno? A Esther dijo el soberano, que estaba pronto á darle aun la mitad de su reino; (7) y á María no le ha cedido el Señor como la mitad de su reino, dándole el imperio de la misericordia y reservándose á sí el de la justicia? Finalmente, y este es el rasgo característico de semejanza: Esther coronada Reina y en el apogeo de su valimiento, llena de compasión hácia su raza muy amada amenazada de la muerte mas cruel, se presenta ante el Rey, se postra y le venera, y con sus ruegos alcanza la liberación de su pueblo y el tremendo castigo de sus enemigos; (8) y María coronada en el cielo como Reina del universo se postra adorando al Rey de la gloria, é intercede y suplica por su raza que dejó acá en la tierra, y que se vé siempre perseguida por las enemistades de la serpiente, y consigue

(1) Esther nostra quae tantam gratiam coram Rege aeterno impetravit, quod per hanc, non solum ipsa ad coronam pervenit; sed etiam generi humano morti addicto subvenit. (Bonav. Specul. c. 5.)

(2) Esther ad quam exiit rex de solio; id est Filius Dei de coelo sustentans illam in ulnis suis. (Bernardin. de Sen. Serm. 3 de glor. nomin. Mar.)

(3) Et adamavit eam Rex super omnes mulieres. [Esth. II. 17.]

(4) Erat enim formosa valde, et incredibile pulchritudine, omnium oculis gratiosa et amabilis videbatur (Ibid. v. 15.)

(5) In quem desiderant angeli prospicere. [s. Petr. I. 12.]

(6) De triclinio foeminarum ad Regis cubiculum transibant. (Est. II. 13)

(7) Quid vis Esther Regina?.....etiam si dimidiam partem Regni poteris, dabitur tibi. (Esth. V. 3.)

(8) Esth. cap. V. et XV.

el perdón para su pueblo, la paz para sus hijos, dejando á los enemigos en manos de la divina justicia. *Esther est; Maria est.* [1]

Tal es la figura, tal es la realidad.

Mas si todo lo que es grande y glorioso en aquella clemente Reina puede aplicarse muy facilmente á la Virgen María: ¿cómo podrá predicarse de ella, que es fuente pequeña? Siendo como és, la mayor de las puras criaturas, y confinando con la Divinidad, como dice el doctor Angélico, nó repugna y como que extremece, el aplicarle el epíteto de pequeña? Tal parece católicos; mas siendo palabra del Espíritu Santo, sólo debemos tratar de declararla y comprenderla.

Una fuente pequeña que crece hasta hacerse un río; la fuente y el río convertidos en luz y en sol. *Parvus fons qui crevit in fluvium, et in lucem solemque conversus est.*

Parvus fons; Fuente pequeña. ¿Cómo puede decirse esto de la Madre de Dios, de la Reina del cielo y de la tierra, de la que se sienta en un sólio circuido de estrellas sobre los coros de los Angeles en los celestes reinos?.....

La Iglesia aplica á la santísima Virgen, en su Oficio Parvo estas palabras tomadas del Cántico de los Cánticos: "*Nigra sum sed formosa filiae Jerusalem;*" Morena soy, pero hermosa, Hijas de Jerusalén. Cuando se aplican estas palabras á todas las almas, ó á la Iglesia universal, entienden los Padres, por el color trigueño, la culpa y el pecado: "*Fusca per culpam, decora per gratiam,* dice San Ambrosio: *fusca per vitium, decora per lavacrum; fusca quia peccavi; decora quia jam me diligit Christus;*" (2) que el alma es trigueña por la culpa y los vicios y pecados, y hermosa por la gracia, por la penitencia, y por el amor que le tiene Jesucristo. Más si es evidente que la culpa no tiene lugar ninguno en la Madre de Dios, sin pecado concebida ¿porqué se la hace decir, "morena soy"?..... Por su apariencia exterior de una simple joven hebrea; por las penas é inauditos dolores que sufrió en el Calvario, pues las penas se comparan á la negrura y á las tinieblas; por la humildad con que quiso ir al templo á purificarse, queriendo ser reputada como las otras mujeres; por su íntimo penar cuando su estado de madre henchía de ansiedad el pecho de su esposo castísimo. *Nigra sum.* Nada de mancha, defecto ó pecado.

Pues de la misma suerte, cristianos, es Fuente pequeña; *Parvus*

[1] Vease la nota B.

[2] Ambros. Serm. 2 in Psalm. CXVIII.

fons; lo cual puede explicarse en tres maneras: fué pequeña por su diminuta estatura cuando niña de tres años fué presentada en el templo, y aun más diminuta cuando en su dichoso nacimiento llenaba al mundo de alegría; y más aún cuando en su Concepción, llena de gracia, adoraba al Señor y se le consagraba para siempre. Y así le hace decir la Iglesia: *Dum essem parvula, placui Altissimo:* "Desde mi más pequeña edad, y durante los años de mi infancia, ya supe grangearme las complacencias y el agrado del Señor."

En segundo lugar: la Virgen inmaculada, es pequeña por su humanidad. El hombre ocupa el peldaño inferior en la escala de los seres racionales. Arriba Dios, Inteligencia suprema é infinita; en seguida el Angel, inteligencia puramente espiritual é intuitiva; después el hombre, inteligencia encerrada en un vaso de barro. De aquí es que del mismo Verbo Encarnado, de Jesucristo vestido del barro de nuestra carne, cantaba el Profeta David. "Le amenguaste un poco menos que á los Angeles," (1) palabras que aplica el Apóstol á nuestro divino Salvador (2) que se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo, (3) retrocediendo tras de los nueve coros de los Angeles y, en cierto modo aun tras de la humanidad: *Vermis sum et non homo,* así como el sol retrocedió diez grados en el meridiano de Acáz. (4) Ahora bien, si del Señor se puede decir que se amenguó, que se hizo como nada, que es gusano y nó hombre, con más razón se puede decir de la Virgen María, que es pequeña por el común origen de la carne, por la debilidad de la humana naturaleza, por pertenecer á la raza de Adán prevaricador; pues aunque en ella pasó la carne sin el pecado, pero al fin toda carne es deleznable, como dice el Espíritu Santo; *Omnis caro fenum.* [5]

Pero la pequeñez de esta Fuente, cristianos, principalmente se explica por la virtud de la Inmaculada Virgen: "Esther, quiere decir, humilde, dice San Antonino, (6) y si se llama pequeña, es por su humildad; y lo mismo se dice de la Virgen María, que por eso

(1) Paulo minus ab angelis. Psalm. VIII. 6.

(2) Hebr. II. 9.

(3) Phillip. II. 7. 4 Reg. XX. 11.

(4) 4 Reg. xx. 11.

(5) Isai. XL. 6.

(6) Esther, humilis interpretatur Parvus fons dicitur propter quam crevit in fluvium maximum, quando, scilicet genuit Dominum Jesum Christum. [Antonin. P. IV. lib. 15. cap. 5. § 1.]

se llama Fuente pequeña: *Parrus fons*. San Bernardo hablando de las virtudes de nuestra Señora, dice, que si con su virginidad se atrajo las divinas complacencias, con su humildad atrajo al Verbo Eterno á sus purísimas entrañas. [1]

Pero qué mas, si ella misma en el cántico de su amor y de su reconocimiento proclama, que el Señor ha fijado sus miradas en la humildad de su esclava; *Quia respexit humilitatem ancillae suae*; y cuando iba ya á recibir al Hijo de Dios en su casto seno, quiso llamarse con el título del supremo abatimiento: *Ecce ancilla Domini*. Hé aquí la esclava del Señor! Así, María fué pequeña por su profundísima humildad.

Mas digamos ahora algo acerca de esta Fuente. De tres fuentes misteriosas, entre otras, nos habla la Sagrada Escritura: En el Libro de los Números, refiere que Moisés y Aarón, oyendo murmurar al pueblo sediento, entraron al tabernáculo, y postrados en tierra, clamaron al Señor diciendo: "Escucha, oh Dios y Señor, el clamor de este pueblo y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva..... Y apareció la gloria del Señor sobre ellos." [2] Esta fuente de agua viva, es María, siempre viva por la gracia y nunca muerta por el pecado; y al brotar de esta fuente, se llama abrirse el tesoro de Dios, porque María es la tesorera de los dones celestiales y el más precioso tesoro que Dios tiene; y como esta fuente era para saciar la ardiente sed del pueblo, así la pequeña fuente de Mardoqueo *redundó en muchas aguas*, por los muchos beneficios que de María dimanar á los fieles. *In aquas plurimas redundavit*. Y si me es permitido acomodar estas palabras, diría que María Santísima ha redundado en muchas aguas, porque materialmente en una gruta célebre, donde concurren las naciones, ha hecho brotar un manantial cuyas aguas son transportadas por todo el mundo, derramando la salud y la vida; en el Tepeyac, otro manantial, nace cercano á una de sus Apariciones; y aun aquí, el agua bendecida en el nombre de la Madre de la Luz, atrae á los fieles y exalta su piedad

[1] *Respexit, ait ipsa, humilitatem ancillae suae, potius quam virginitatem, et, si placuit ex virginitate, tamen concepit ex humilitate.* [Bern. Homil. 1. sup. Missus est.]

[2] *Ingressusque Moyses et Aaron.....tabernaculum foederis; corruerunt proni in terram, clamaveruntque ad Dominum atque dixerunt: Domine Deus, audi clamorem hujus populi, et aperi eis thesaurum tuum fontem aquae vivae, ut satiati cesset murmuratio eorum..... Et apparuit gloria Domini super eos.* (Núm. XX. 6.)

para con esta advocación patronal. *Et in aquas plurimas redundavit.*

De otra fuente se nos habla en el Libro de Josué, y tiene más analogía con la nuestra que se convierte en luz. Asignando los límites de la Tribu de Judá, dice, que "pasan las aguas que se llaman la Fuente del Sol: y concluirán en la Fuente de Rogel." (1) Esta última significa la fuente del Lavadero, y las aguas que pasan de una á otra fuente son las gracias que de la Encarnación pasan á la Redención por la cual se lavan todos los pecados. Ahora bien, católicos, que María sea la Fuente del Sol, la Iglesia lo proclama en sus fiestas cuando le canta: "*Ecce te ortus est Sol justitiae, Christus Deus Noster*;" que el mundo se llene de alegría, porque de tí, oh Señora, ha nacido el Sol de justicia, que es Jesucristo nuestro Dios. Y pues el sol es el astro de la luz, el llamar á María, Fuente del Sol, es lo mismo que llamarla Madre de la Luz, y por ella corren las aguas de las gracias hasta terminar en la Fuente de Rogel ó del Lavadero, porque allí lavamos nuestras culpas, enjugamos nuestras lágrimas y blanqueamos nuestras vestiduras. Mas para que se vea, cristianos, cómo el Sol de justicia nació de ella sin detrimento de su virginal pureza, se le llama en el sagrado Cántico, Fuente sellada, "*Fons signatus*;" (2) aunque al mismo tiempo también se apellida Fuente de los huertos, (3) pues si es sellada por su virginidad, redundar en muchas aguas para regar los jardines de la Iglesia, esto es, las Ordenes religiosas que fecunda con sus aguas, y hermosa, y fertiliza con su especial protección.

Es pues la Virgen santísima, Fuente pequeña, por su humildad; fuente de agua viva, porque refrigera á las almas; fuente del Sol, porque derramó para el mundo á la Luz eterna; fuente sellada, por su pureza virginal; y fuente de los huertos, porque riega y fertiliza á las almas que en piadosas agrupaciones le están consagradas.

Mas esta fuente se convirtió en un río, y en un río grandísimo, *in fluvium maximum*. [4] ¿Cómo puede entenderse este gran crecimiento? Si era María pequeña por su edad y su estatura, claro es que creció en corpulencia, y en gracia y hermosura, y en la ciencia de las cosas divinas, al modo que del Precursor se dice que "el

[1] *Transitque aquas quae vocantur Fons Solis; et erunt exitus ejus ad fontem Rogel.* [Jos. XV. 7.]

[2] *Cantic. canticor. IV. 12.*

[3] *Fons hortorum.* (Cantic. canticor. IV. 15.)

[4] *Esth. XI. 10.*

niño crecía y se iba robusteciendo," (1) y del Salvador, que progresaba en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres. (2) María crecía en edad, en sabiduría y en gracia, sobre todo en la gracia que se compara con las aguas. Copiosa fué la que recibió en su Concepción y cooperó á ella de un modo continuo y eficaz; de aquí es que fué creciendo en gracia con esa progresión geométrica, que aun en los números espanta, (3) y que piadosos doctores, con sólidos fundamentos, le han atribuido. Así, cuando le fué enviado el nuncio celestial, muy bien pudo decirle, que había encontrado gracia delante del Señor y saludarla llamándola graciosa y llena de gracia, pues había crecido en ella de un modo inconcebible: *Crevit in fluvium maximum.* El Salmista lo anunciaba con estas misteriosas palabras: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, el Altísimo santificó su tabernáculo." (4) María, ciudad santa del Señor, recibió desde su Concepción, una afluencia de gracias, que como un río impetuoso, entrando en su alma, cerraron la entrada al pecado y al demonio, ocupándola y llenándola en todas sus potencias; mas al llegar al punto de la Encarnación, más copiosas las aguas, como un torrente desbordado de celestiales dones la inundaron, y el ímpetu del río, dice Santo Tomás, fué el mismo Espíritu Santo que vino á santificarla. [5] Y como la gracia trae el gozo consigo, llenóla de tan grande alegría, de un júbilo tan vivo, que la hizo prorrumpir en su glorioso cántico: "*Et exultavit spiritus meus in Deo Salvatori meo.*" Mi espíritu dá saltos de alegría, en Dios mi Salvador. Y de esta manera el Altísimo santificó su tabernáculo, santificando aquel cuerpo en cuyo seno iba á morar, y aquella carne de que iba á revestirse, pues así como son de una misma naturaleza las aguas de una fuente y las del río que de ella dimanar, así también eran de una misma naturaleza la carne y sangre de Jesucristo, y la carne y sangre de María. *Parrus fons crevit in fluvium maximum.*

II.

Mas hemos tocado, católicos, al inefable misterio de la Encarna-

(1) Luc. I. 80.

(2) Luc. II. 52.

(3) Véase la Nota C.

(4) *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.* [Psalm. XI v. 5.]

(5) *Possunt haec referri ad B. Virginem, quia ipsa est civitas, in ipsa habitat, ipsam fluminis impetus, scilicet Spiritus Sanctus laetificavit.* [Tom. in h. l.]

ción, y los Padres han explicado la grandeza del río que sale de la fuente por el misterio del Hijo de Dios que nace de la Virgen María: *fons crevit in fluvium maximum quando scilicet, nobis genuit Dominum Jesum Christum,* dice San Antonino: María, fuente pequeña creció en un río grandísimo, cuando para nosotros engendró al Hijo de Dios, Jesucristo Señor nuestro. Mas este misterio se confirma y más se aclara, cuando en el texto sagrado se añade: "*Et in lucem solemque conversus est,*" la fuente de las aguas se convirtió en luz y en sol.

Enseña la Teología, cristianos, que en la generación, el viviente conjunto ha de ser de la misma naturaleza que el que le produce; (1) y así, si la Virgen María es Madre de la luz, debe ella también ser luz, y llamarse propiamente Luz, y por eso en la frase inspirada se dice que se convirtió ella misma en luz: "*Fons conversus est in lucem.*" Y he aquí porqué los Padres y Doctores, á plena voz la llaman, luz, y como á la luz la saludan y la invocan. Así, S. Juan Damasceno, su amantísimo siervo, la llama tiernamente (2) Nuestra Luz, luz de nuestro corazón; su devotísimo San Ildefonso, predicando de su Asunción, la apellida, luz de las naciones; el Idiota la pregona, luz por su hermosura, luz por su incorruptible pureza; San Anselmo la nombra, luz solar, luz que nace en Nazaret; Crisipo, la saluda diciéndole: *Ave fons lucis omnem hominem illuminans,* Dios te salve, fuente de luz que alumbras á todos los hombres; San Efrén la alaba como luz lucidísima con que el mundo se ilumina; San Crisóstomo la predica como luz inextinguible mas ilustre que el sol.....

Ya pues, que la Escritura y los Padres así la llaman, necesario es estudiar los términos de la comparación para poder comprenderla, y escudriñar los elementos del simbolismo para saber aplicarlo. Preciso es pues, considerar á la luz y al sol, para entender porqué la Virgen María se llama sol y luz, "*Fons conversus est in lucem et solem.*"

La luz, pues, católicos, es la obra mas bella de la creación; el hombre ha formado una hermosa ciencia de su estudio: mide su velocidad, calcula su intensidad, sorprende sus leyes cuando se re-

(1) *Origo viventis a vivente conjuncto in similitudinem naturae.*

(2) *Lux nostra lux cordis nostri.—Lux gentium.—Lux propter pulchritudinem, propter puritatem et incorruptibilitatem.—Lux solaris, lux qui in Nazareth est ortus.—Lux lucidissima mundum illuminans.—Lux inextinguibilis illustrior sole.* Todas estas citas constan en la Polianthea de Marraecio v. Lux, Lumen.

fleja en los cristales y cuando se quiebra en los prismas: la compone y la descompone, la hace servir de dibujante que en un momento se apodera de las personas y de los campos, de los monumentos y de las ruinas, de lo sagrado y de lo profano..... Pero el hombre nunca ha podido penetrar su naturaleza; sabe lo que hace y lo que produce; pero nunca ha sabido ni sabrá lo que es. Dios tiene sus misterios en la naturaleza, porque no extrañemos los de la gracia y de la fe.

¿Porqué pues, se compara á la Virgen María con la Luz?

Se compara, católicos, por su creación, por su perfección y por su difusión.

La luz fué criada la primera, antes que las otras criaturas: el relato de la creación, sublime en su sencillez se explica así: *Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux.* (1) Así, es la primera de sus obras, y si pudiese hablar podría decir: "Yo salí de la boca del Altísimo primogénita ante toda criatura." Mas si la luz no lo dice, la Iglesia le hace decirlo á la Virgen María: "*Ego ex ore Altissimi prodixi primogenita ante omnem creaturam.*" [2] María dice también: "*Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens.* (3) es decir, yo hice nacer á Jesucristo, Sol de justicia; y la luz incorporada al sol que después de ella fué formado, hizo también que se alumbrase el espacio con su claridad.—Criada la luz, vió Dios que era buena, y la dividió de las tinieblas; criada María, vió el Señor que era buena, y en el instante de su Concepción la dividió y separó de las tinieblas del pecado, no dejando que ni por un momento alterase su esplendor y claridad.

La luz representa también á María por su perfección. De la luz misma se formó el cuerpo solar según Santo Tomás, (4) y de María se formó el cuerpo del Señor en sus castas entrañas.

La luz es incorruptible; ni se mancha ni se altera, ni se amengua ni envejece; y María es pura, santa é incontaminada, jamás tuvo mancha ni defecto, ni sufrió las flaquezas de la vejez, ni vió la corrupción del sepulcro.

La luz mora en el cielo con el sol que de ella se viste, y María fué toda celestial, siempre moró con el Señor, Sol de las almas, por lo cual le dijo el Angel: "*Dominus tecum.*" El Señor contigo.

[1] Genes. I. 2.

[2] Eccli. XXIV. 5.

[3] Eccli. XXIV. 6.

[4] Thom. I. q. 70 a 1. ad 1. um et q. 74. a 1. ad 4. um.

En la luz han hallado los santos una bella imagen del misterio augusto de la Trinidad, porque en la luz hay el foco de donde dimana, y el esplendor que engendra este foco, y el calor que del esplendor y del foco procede; y así en María la devoción cristiana la reconoce y la saluda como imagen de la Beatísima Trinidad, y como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Finalmente, la luz de la gloria causará en los bienaventurados inefables deleites; y la claridad de María vestida del sol, será uno de los grandes gozos de la Jerusalén celestial.

La luz representa á María por su difusión.

La Luz se esparce por todas partes en el espacio; con inmensa celeridad recorre las distancias; baña á los planetas y los torna luminosos, y acá en nuestro globo cuando aparece, destierra las negras tinieblas, descorre el negro velo en que se envuelve la noche; todo lo aclara, todo lo pinta, todo lo embellece; llega á decir San Ambrosio que el mundo todo de nada serviría sin la luz que lo ilumina. [1] Y por eso, aun en las regiones eternas, la luz se encuentra en los cielos; y el abismo de los réprobos se llama la región de las tinieblas, y las tinieblas forman una de sus mayores penas. Sumido el mundo por cuatro mil años en la noche del error y de la idolatría, la aparición de Nuestra Señora vino á ser como la aurora que terminó la noche de la infidelidad, dicen los Santos, pues mediando entre la noche y el día, disipó las tinieblas y anunció la luz que terminó la noche del paganismo, y comenzó el día de la fé; y cuando esta aurora aparece, alégranse los ángeles, consuélanse los hombres, el mundo se hermosea, los cautivos avivan su esperanza; sólo los demonios huyen despavoridos á ocultarse en sus cavernas, como dice David que huyen las bestias fieras y se esconden en sus madrigueras al despuntar la luz. (2)

Hay, católicos, una palabra de los libros Sapienciales, que se dice de la Virgen María, aunque habla propiamente de la Sabiduría eterna; y como la sabiduría es luz, y la luz la representa, puede aplicarse muy bien á la luz, lo mismo que á Nuestra Señora, cuyo nombre significa iluminada é iluminadora. Dice así pues, á los principios del libro del Eclesiástico: "El la crió en el Espíritu Santo, y la derramó sobre todas sus obras. *Ipsa creavit illam in Spiritu*

(1) Unde mundi ornatus nisi á luce exordium sumeret? frustra enim esset si non videretur. Lib. I. Hexam. cap. ix.

(2) Psalm. CIII. 21, 22.

Sancto, et effudit illam super omnia opera sua. [1] Sobre todas sus obras derramó el Señor su sabiduría, porque en todo resplandece; sobre todas derramó la luz, porque á todas las embellece; y sobre todas derramó á María, porque todas la figuran, la representan ó simbolizan. El Señor la crió en el Espíritu Santo, porque en el primer instante de su Concepción, el Espíritu divino tomó posesión de ella, llenándola de su gracia, y al hacerse luz, cuando ella derramó á la Luz eterna también. María fué derramada sobre todas las obras de la mano de Dios. *Effudit illam super omnia opera sua.* Derramóla en la superficie de la tierra que había de habitar, pues ella es la tierra bendita y sacerdotal, la tierra de que se apartó la cautividad del pecado; [2] derramóla en los campos, pues ella es el campo del cual nació el que se llama Flor del campo; [3] derramóla en las montañas, pues ella es el monte fértil en el que Dios se complació en habitar, [4] el monte sobre todos los montes [5] como dice San Gregorio, pues es santa sobre todos los santos; derramóla en las fuentes y en los ríos, pues ella es la fuente potente de la casa de Jacob, [6] y el río repleto de aguas, [7] esto es, de carismas y de gracias, el río de la gracia, el río de la bondad, de la inagotable piedad, y de la clemencia, como dicen los Santos; [8] derramóla en los prados [9] que con su blando cespced representan su blanda mansedumbre, y con su vasta extensión cuentan la inmensidad de su misericordia; derramóla en los árboles, pues el árbol es deleitable al mirar, por su hermosura; apetecible para descansar, por su sombra; apetitoso de comer, por su fruto, y así representa su hermosura, y la sombra de su protección, y el fruto bendecido de su vientre; y el cedro representa su soberanía, la palma anuncia sus victorias, y el ciprés, la rectitud de sus intenciones; la oliva, nos recuerda su clemencia, el plátano su lozanía, la higuera su fecundidad, el cinamomo sus preciosos ejem-

[1] Eccl. I. 9, 10.

[2] Psalm. LXXXIV. 2.

[3] Cantic. canticor. II. 1.

[4] Psalm. LXVII. 16.

[5] Isai. II. 2.

[6] Zach. XIII. 1.

[7] Palm. LXIV. 10.

[8] *Fluvius gratiae.* [Buenavent.] *Flumen bonitatis—Flumen inexhaustae pietatis.* (Trithem)—*Fluvius clementiae* (S. Anselm.) Veanse estas citas en la *Polianthea* de Marracio, v. *Fluvius*.[9] *Pratum fragrantissimum* (Gregor. Tham.) *Arbor pulcherrima*, (S. Bruno) *Arbor fructuosa; arbor benedicti fructus.* (S. Dominic.) Vide *Pol. v. Arbor*.

plos, el bálsamo y el incienso, su oración y sus virtudes. “Derramóla sobre todas sus obras.” El Señor derramó á María sobre las flores: en la rosa rubicunda derramó su caridad; en la azucena figuró su pureza; en el lirio representó su virginidad; en el nardo sus santos ejemplos; en la violeta su profunda humildad; en todas las flores está derramada la hermosura de María: con sus colores anuncian sus virtudes; con su aroma, sus dulces atractivos; con su frescura, su eterna lozanía; y por eso en el mes de las flores, se le ofrecen como símbolos suyos. [1] “Derramóla sobre todas sus obras.”

Derramóla en los pájaros del cielo: derramóla en aquella águila que en lo más arduo puso su nido, [2] porque María en lo más alto tuvo su conversación, y en el Águila grande de grandes alas, (3) porque ella es grande y grandes son las alas de su protección; en el águila reina de las aves, porque ella es reina de los ángeles y santos. Derramóla en la cándida paloma, pues paloma se llama y la única paloma del Señor en el Cántico de los cánticos: (4) paloma candidísima por su concepción, paloma inocentísima en su vida; paloma en los huecos de la piedra en el Calvario; paloma que vuelve á la arca en su Asunción. Derramóla el Señor en la tórtola: “Tus mejillas como de tórtola,” [5] dice el divino Cantar; porque la tórtola admite un sólo compañero, y perdido este, gime en la enramada; y María toda de Dios, gime en la muerte de su Jesús, y siente correr por sus mejillas lágrimas de amargura. Derramóla en el gorrión, porque si esta ave encontró un nido donde poner sus polluelos, (6) María guarda á sus hijos en el Corazón de su Hijo muy amado. “Derramóla en todas sus obras.”

Mas no sólo en las cosas de acá abajo se derrama la luz, sino principalmente en el sol y en los astros; de aquí esta divina palabra que tantas veces canta la Iglesia en las fiestas de María. Son los ángeles quienes preguntan admirados: ¿“Quién es esta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna, escogida

(1) San Buenaventura en su *Salterio* la llama *Flos florum*; *Flos de spina* *Flos lilii*, *Flos regalis*, *Flos virginalis*. El Cartujano: *Flos incomparabilis-venustissimus, vernantissimus ac redolentissimus*; San Anselmo: *Flos aeternus*; el Damasceno: *Flos purpurei aureique cobris*, etc. V. *Flos*.

(2) Job. XXXIX. 27.

(3) Ezech. XVII. 3.

(4) Cantic. VI. 8.

(5) Cantic. I. 9.

(6) Psalm. LXXXIII. 4.

como el sol, terrible como un ejército dispuesto para el combate. [1]

Hasta en los ejércitos derramó Dios á María, porque ella sola vale por los ejércitos de los ángeles y de los santos para combatir á Satanás! [2] De un modo muy especial, derramóla Dios en la aurora. ¿No vemos cómo al despuntar, va formado un riquísimo pabellón de gualda y de esmeralda, desplegando unas cortinas de color sonrosado, otras, brillando con el color del oro, y luego en apiñadas nubes resplandecientes, prepara como un trono que se ensancha, y dentro de poco el astro rey, asoma su frente, y va subiendo para salir después de allí como el esposo de su tálamo, según la hermosa expresión de la Escritura? (3) Los Padres han reconocido en la aurora una bellísima figura de María: ella es, dice San Gerónimo, la Aurora rutilante del nuevo amanecer. (4) La aurora feliz, dice San Bernardo, nuncio de dichoso día; [5] la aurora, añade San Buenaventura, en la que el hombre consigue la bendición del Angel como en otro tiempo Jacob; (6) pero sobre todo, explican los Santos, que María es la aurora en cuyo seno se forma y en la cual nace el Sol de justicia, la aurora que lo trae en sus brazos; la aurora que le hace lucir y nacer en los cielos para ilustrar é iluminar á la tierra; y así la Aurora, Madre del Sol, es hermosísima figura de María, Madre de la Luz, que lleva en su seno á la Luz eterna, y la derrama para el mundo como canta la Iglesia.

Dios derramó á María en la luna, por su hermosura; y es increíble lo que han dicho de esto los Santos: es luna que sin defecto ilumina, dice San Gerónimo; (7) luna que nó padece ningún defecto en su luz, añade San Ildefonso; [8] luna hecha por Dios para presidir á la noche, prosigue el Idiota, [9] esto es, para alumbrar á los pecadores; luna en medio del firmamento, continúa San An-

[1] Quae est ista quae procedit sicut aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis sicut castrorum acies ordinata? Cantic. Canticor. VI. 9.

(2) Exercitus Dei.....dum in virtute Creatoris, aereas omnes potestates devicit atque oppressit. [Dionis. Cartuss. De Praesent. Mar. Lib. 1. art. 37].

(3) Psalm XVIII. 6.

(4) Aurora rutilans novi diluculi. (Hieron.)

[5] Aurora felix, felicitatis diei nuntia. [Bernard.]

[6] Aurora in qua angelicam benedictionem consecutus est homo. [Bonavent.]

Dixitque ad eum: Dimitte me, jam enim ascendit aurora. Respondit: Non dimittam te nisi benedixeris mihi. Genes. XXII. 26.

[7] Luna sine sui defectus coruscans. (Hieron.)

[8] Luna nullum jam patiens defectum luminis. (Ildephons)

(9) Luna a Deo facta ut praesent nocti. (Idiot.)

selmo; (1) luna nueva que dá luz al nuevo Sol; luna, señal de día de fiesta, como dice la Escritura (2) porque de ella vino Cristo, que es la gran fiesta del mundo. (3) concluye un Santo Abad, "Derramóla sobre todas sus obras." Y si las estrellas se quejan de nó ser llamadas, ya se dice de ellas, que sí lo fueron, que respondieron al llamado de Dios, y que lucieron con regocijo (4) y de ellas se salpicó el solio de María: *Stellato sedet solio*, y con doce de las mas lucientes se coronó su real cabeza: *Et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (Apoc. XII. 1.)

María es escogida como el sol dice el Espíritu Santo, porque en todo es semejante y muy semejante á Jesucristo: en su Concepción, en sus virtudes, en sus humillaciones, en sus dolores y en su gloria.

Mas henos aquí llegados, católicos, al sol, ese sol en el cual se trocó la fuente en el sueño de Mardoqueo. En el sol derramó Dios muy especialmente á María, pues ella es el tabernáculo del Señor, y el Señor, *In Sole posuit tabernaculum suum*, [5] en el sol, colocó su tabernáculo. ¡Qué grao dioso es el sol, cristianos, qué hermoso! ¡qué admirable! aun ahora pueblos enteros le adoran como á Dios, por su grandeza; y unos herejes de que nos habla San Agustín, llegaron á creer que ese sol material era Cristo. Nó, el sol nó es Dios, nó es Jesucristo; pero es la obra de Dios que el mismo Dios declara Vaso admirable, obra del Excelso. [6] Y es preciso decir algo del astro rey, en el cual está derramada la grandeza de María Madre de Dios.

Es pues el sol, cristianos, un cuerpo de tan colosal magnitud, que los sabios que lo estudian, dicen ser un millón y medio de veces mayor que nuestra tierra. Figuraos mil, cien mil, un millón de globos del tamaño de nuestra tierra que se nos figura tan extensa, y este millón y otra mitad más, reunidos, formando una sóla masa, formarían la masa del cuerpo solar. Si nuestra tierra se colocase en su centro como una pequeña semilla en medio de una fruta, nues-

(1) Luna in medio firmamenti. [Anselm.] V. Luna.

(2) A luna signum diei festi. [Eccli. XLIII. 7.]

(3) Ab ipsa enim orta est nostra festivitas, scilicet Christus Dominus qui est gaudium nostrum. [Rich. a S. Laurent.]

(4) Stellae autem dederunt lumen..... Vocatae sunt et dixerunt: adsumus et luxerunt ei cum jucunditate. [Bar. III. 35.]

(5) Psalm. XVIII. 6.

(6) Vas admirabile, opus Excelsi (Eccli. XLIII. 2.)

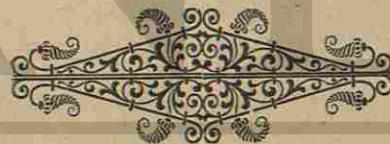
tro satélite con sus ochenta mil leguas que le separan de nosotros, cabría todavía dentro del sol, y aun sobrarían veinte ó treinta millares de leguas para llegar á su superficie. ¡Qué magnitud tan asombrosa! Como que se confunde la inteligencia y se turba la imaginación al querer representársela! *Vas admirabile, opus Excelsi.* Y si pensamos en su distancia, nueva admiración y nuevo pasmo! La luz, la misma luz que camina con una celeridad inconcebible, tiene que hacer medio cuarto de hora de viaje para franquear esa distancia! Y para formarnos mejor idea de ella, dicen los sabios, que una bala lanzada por esas bocas de fuego que atruenan en la guerra, si caminase siempre con su misma velocidad y llegase hasta el sol, dilataría en su viaje en línea recta..... ¿Qué tiempo pensais, cristianos?..... Pues nada menos que ochenta años! Dícese que nuestro globo puede ser abarcado al derredor por un viajero en ochenta días; y la bala de un cañón, necesitaría ochenta años para llegar de nuestra tierra al sol que nos alumbra! Y á tan espantable distancia, qué intensidad de su luz, qué potencia tan enorme la de su calor! Los sabios que todo lo calculan han calculado los millares de toneladas que vence el sol con su calor levantando las nubes de los mares, y dicen que representa una fuerza que, juntas nó podrían producir la inmensidad de máquinas que ejercen en el mundo sus altas potencias.

Pues bien, en este sol tan estupendo por su tamaño, tan pasmoso por su distancia, tan admirable por sus influencias, Dios ha derramado á María: *Effudit illam.* Ella es grande como el sol, [1] los ángeles y los santos son ante ella, como ante el sol las estrellas. Desde la inmensa distancia del cielo empíreo, derrama intensísima luz en el mundo de las almas, como el sol la difunde en el mundo de los cuerpos. Con su potencia casi infinita levanta del mar amargo de la humanidad, vapores de oración, vapores de gratitud y de amor; nubes de compunción y de humildad, que subiendo á las alturas, se desatan en lluvias de beneficios y de gracias sobre los corazones: María, como el sol, alegra al mundo, lo embellece, lo calienta, lo vivifica y lo consuela. "Dulce es la luz, y deleitable el mirar al sol," dice el Espíritu Santo, [2] y muy dulce y más dulce es mirar á María!

(1) Sol la llama San Bernardo; Sol de quo Psalm XVIII "In sole possuit tabernaculum suum," San Ildefonso, San German, y otros muchos. Vide v.m. Sol en la Polianthea.

(2) Dulce lumen, et delectabile est oculis videre solem (Eccle. XL. 7.)

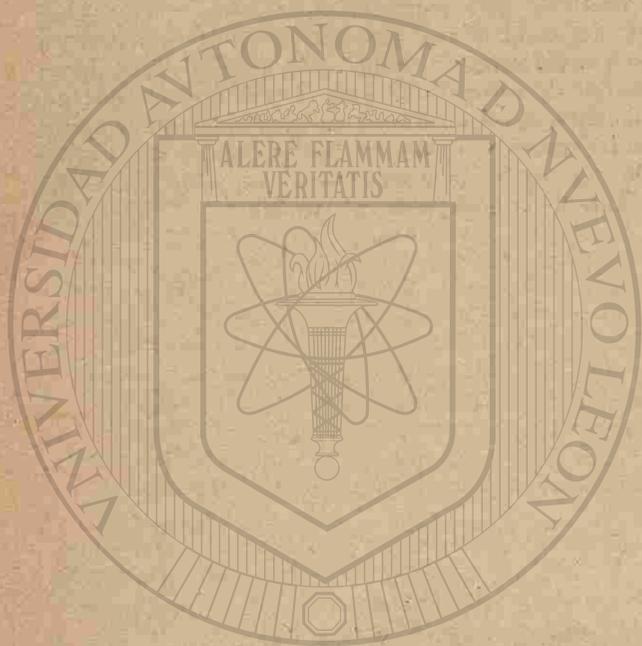
¡María, luz y sol del universo; María, Madre de la luz eterna, ciegos estamos sentados á orillas del camino de la vida, como aquel ciego que alumbró Jesús tu Hijo: como él, clamamos hoy á tus plantas: "Hija de David, ten compasión de nosotros." Madre Santísima de la luz, *Lumen ut videam* luz para ver en las tinieblas del error que quieren envolvernos; luz para caminar en la noche de los vicios que tratan de derribarnos; luz para el piadoso Prelado que engrandece tu Basílica, te erige suntuosos altares, solemniza hoy tus cultos y procura incansable extender tus glorias; luz que á todos nos guíe en el tenebroso camino de la vida, y nos alumbre en las tremendas oscuridades de la hora postrera! Amén.



NOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTA A.

ETIMOLOGIAS

Damos á la hija adoptiva de Mardoqueo el nombre de Edisa, porque así dice el sagrado texto: "Qui fuit nutritius filiae fratris sui Edissae." [Esth. II. 7.] y este era su primer nombre hebreo, *Hadassah*, que todos los Comentadores lo interpretan, *Myrtea*, es decir, la que está hecha ó formada de mirtos, "*propter eximiam pulchritudinem*," dice Tirino, y Alápide añade: por su hermosura, probidad, cortesanía y belleza del cuerpo y de costumbres, principalmente del pudor y modestia virginal, *in qua fuit typus Beatæ Virginis*. Así, aun en este su primer nombre figura aquella célebre Reina á nuestra Reina y Señora, María Madre de Dios.

En cuanto al nombre de Esther, se cree que se le impuso, en lengua persa, cuando fué elegida para el trono real; y es de admirar la variedad de interpretaciones que se han hecho de ese nombre. Digamos de algunas con sus principales autores:

—San Antonino lo interpreta, *Humilde*;
—Calmet dice que significa, Oveja;
Serario explica todos estos términos:—*Oculta demoliens*.

- Medicinae exploratio vel contemplatio*;
- Medicina turturis*;
- Pulchra ut luna (seu ut Venus)*;

—Tirino dice que es como el griego—*Aster*, que significa Estrella.

- Alapide dice, que en hebreo significa—*Fuego escondido*;
- Fuego investigador ó escrutador*;
- Fuego de la tórtola*;

Derivado del Arabe ó Persa, dice Alapide, significa—*Receptatrix et Protectrix*; la que recibe, esconde y protege.

Pagnino interpreta del caldeo: *Hilaritas*, Alegría contento, gozo. Mas note aquí el lector discreto y piadoso, cómo todos estos títulos, pueden, sin violencia, aplicarse á la Virgen María.

Escondida, lo que concuerda con el *almah* de la profecía de Isaías, pues esa voz significa, recatada, escondida;

Oveja, pues es Madre del divino Cordero;

Estrella, pues la Iglesia le canta: *Ave maris stella, Stella matutina*;

Hilaridad, pues la invocamos como Causa de nuestra alegría;

Oculta demoliens. Demolió al pecado original y las obras de Eva;

Contemplación de la medicina, cuando contemplaba á Jesús en la Cruz que es, "nostrum medela vulnerum."

Medicina de la tórtola, cuando lloraba su soledad aplicándonos sus lagrimas como remedio de nuestros malos goces.

Fuego escondido, por su ardiente caridad

Receptora, como Refugio de los pecadores; *Protectora*, como nuestra abogada; así todo lo de la Reina Esther, hasta los significados de su nombre, le conviene á la Virgen María.

NOTA B.

HERMOSO PASAJE.

Antes de la división del discurso, convenía dejar bien sentado cómo Esther era figura de María. Algo, muy poco dijimos de los Padres y Doctores que así lo entendieron. Ahora queremos mencionar una bellísima explicación de San Buenaventura. En el capítulo XV del Libro de Esther se refiere su entrada á la alcoba del Rey y dice: "Como resplandeciese (ella) con el régio vestido y hubiese invocado á Dios, rector y salvador de todas las cosas, tomó dos de sus camareras, sobre una de las cuales se iba apoyando, como que no podía sostener su cuerpo por la suma delicadeza y debilidad. La otra camarera iba tras de su Señora, llevándole la falda que arrasaba por el suelo." (XV. 5. 6. 7.)

¿Cuáles son esas dos doncellas de honor, que acompañaban á la Reina Esther?

Oigamos al Seráfico Doctor: "Per dominam Esther Reginam intellige Mariam Reginam; duae famulae quarum Domina est Regina María, sunt angelica et humana natura. O quantum gaudendum est nobis miseris hominibus, quod angeli Dominum, et Dominam habent ex hominibus." (Bonav. in Specul. B. M. Virgin. lect. 3.) He aquí como lo explica después el Santo: La dama de honor sobre la que se apoya la Virgen María, es la Inteligencia angelica. Apóyase en ella, como familiarísima, haciendo con ellos compañía; apóyase como delicadísima, teniendo en ellos sus delicias; apóyase como muy llena de gracias, comunicándolas con ellos; apóyase como poderosísima, mandándoles con su imperio. La otra camarera es el alma humana, que vá en pos de María sustentando su vestidura que cae al suelo, porque va siguiendo sus pisadas, y recogiendo los ejemplos que nos dejó aquí en la tierra." De estas

bellísimas exposiciones se encuentran á cada paso en los Doctores, y muy en particular en Alberto Magno, en cuyo Marial, va comparando á Nuestra Señora, con ciudad, palacio, jardín, río, etc. con delicada piedad y asombrosa erudición.

NOTA C.

INCREMENTO DE LA GRACIA
EN LA VIRGEN MARIA POR PROGRESION
GEOMETRICA.

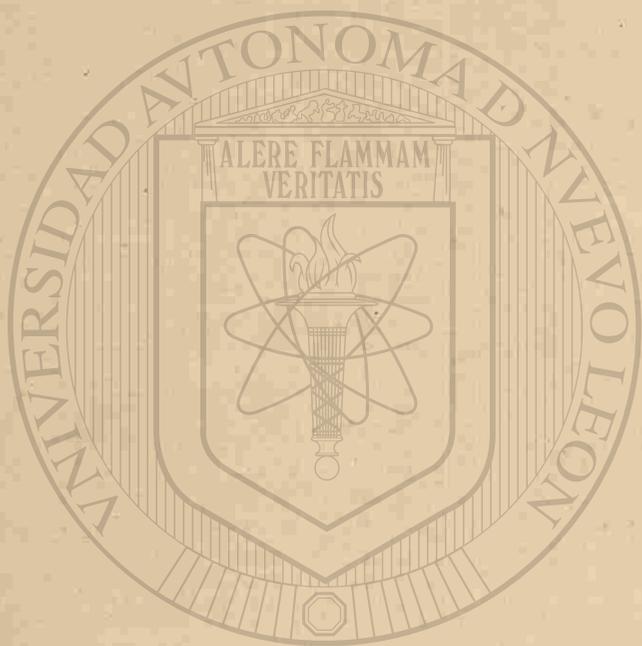
Hemos dicho que el aumento por progresión geométrica, hasta en los números, asombra. La progresión aritmética es una serie de números de los cuales cada uno excede á su anterior en una cantidad fija. Tal es la serie de los números 1, 2, 3, etc. pues cada uno excede al anterior en una unidad. En la progresión geométrica la serie de los números es tal, que el uno se multiplica por un número fijo, para formar el siguiente, como v. gr. 1, 2, 4, 8, 16, en donde cada número se duplica para formar el siguiente. Y en esta progresión van creciendo tanto los términos, que causan asombro los resultados. Mírase en este apólogo que trae el P. Séñeri (S. J.) Un chalán vendía un caballo de cualidades tan excelentes, que un rico, encantado con el animal, daba por él cuanto le pidieren. El dueño dijo: me contento con que se me paguen sólo los clavos de las herraduras. [Son ocho en cada una.] Y ha de ser en esta forma: por el primer clavo me darán un centavo; por el segundo, dos; por el tercero, cuatro; por el cuarto, ocho, y así sucesivamente contando hasta el último, y siempre duplicando. El comprador creyó salir del apuro con un gran puñado de centavos; pero grande fué su asombro al ver, que haciendo la cuenta, no podía pagar con todas sus riquezas. En efecto, doblando desde el número 1, hasta el 32, es decir, haciendo treinta y dos duplicaciones, cada una sobre la anterior, se llega al número de 2147483648, dos mil ciento y cuarenta y siete millones, cuatrocientos ochenta y tres mil, seiscientas cuarenta y ocho unidades, número sorprendente de centavos, que separándole dos cifras, serían veintitún millones de pesos. Si se lleva la multiplicación otros treinta y dos términos adelante, es decir hasta el sesenta y cuatro, se encuentra este número de diez y nueve cifras: 92233720368154775808, esto es: nueve trillo-

nes doscientos veinte y tres mil trescientos setenta y dos billones, treinta y seis mil, ochocientos cincuenta y cuatro millones, setecientos setenta y cinco mil ochocientos ocho unidades. Número asombroso por su ingente magnitud. Ahora bien, el P. Séñeri siguiendo al eximio doctor Suárez, explica que siendo la gracia que recibió la santísima Virgen en su Concepción, superior á la del supremo Serafín, y considerando que con sus actos internos iba mereciendo un aumento duplo, al menos cada cuarto de hora, en solas diez y seis horas que componen sesenta y cuatro cuartos, duplicando cada uno la gracia anterior y tomando por unidad la gracia primera en su Concepción, en ese tiempo de diez y seis horas llegó, según el cálculo anterior, al formidable grado de nueve trillones de aumento; y si se considera que no cesó de merecer en su larga vida de setenta y dos años, y si se añade la gracia recibida en mas de ocho mil comuniones recibidas después de la Ascensión del Señor, es un abismo de gracias que espanta la imaginación y pasma la mente. Y añade el piadoso jesuita, que en la vida del P. Suárez se refiere que la santísima Virgen le mandó agradecer el que hubiese propuesto y defendido esta doctrina. Es digno de leerse todo el capítulo del "Devoto de María" donde trata el P. Séñeri este asunto. Hay sólo que rectificar los números que trae equivocados, seguramente porque en las traducciones y diversas ediciones se han venido alterando. A esta doctrina hacemos alusión en la Homilía, al hablar del incremento de la gracia en la Virgen María bajo las figuras y emblemas que estudiamos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

250 R.
350 R.m.
600



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JUAN

NUEV
E
E
C
LIOTECA

0